

BOLSILIBROS
BRUGUERA

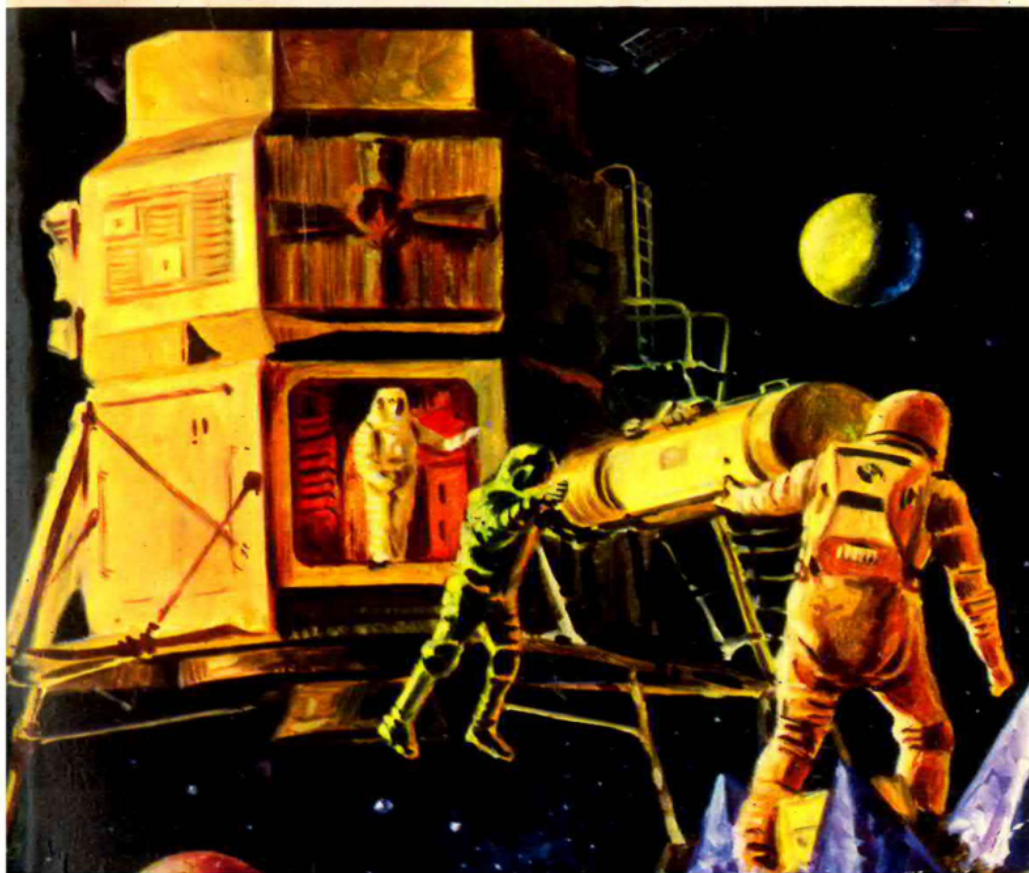
**CIENCIA
FICCION**

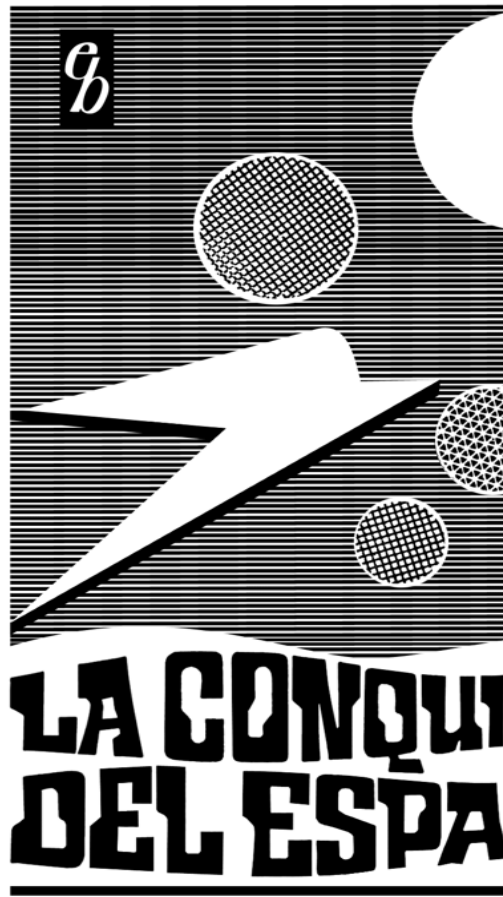
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL REY DE LA TIERRA

glenn parrish

CIENCIA FICCION





**GLENN
PARRISH**

EL REY DE LA TIERRA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 233



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 47.112 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: ENERO, 1974

© **GLENN PARRISH** - 1975

texto

© **SALVADOR FABÁ** - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

El día 25 de mayo de 2155 apareció en distintos periódicos del mundo entero un singular anuncio, que fue reproducido luego en infinidad de revistas y a través de las pantallas de la R.U.T. (Red Universal de Televisión), además de las correspondientes emisoras de radio, que también lanzaron al éter las frases contenidas en aquel extraño anuncio.

Por si fuera poco, varios millones de cartas, que contenían igualmente el texto íntegro de dicho anuncio, fueron distribuidas por todos los países de la Tierra. Quienes se molestaron en pensar un poco en el asunto, pudieron darse cuenta de que era algo planeado con mucha anticipación.

Y también pensaron que era una operación en la que se habían consumido sumas ingentes de dinero. Claro que si a su autor le salía bien, tiempo tendría de recuperar la inversión efectuada, con abundantes intereses, por supuesto.

El texto del anuncio era el siguiente:

«Yo, JANUS I, Rey-Emperador de la Tierra, Señor de todos los Pueblos y Razas, y Dueño de todos los Seres Vivientes. Supremo Legislador, Distribuidor de la Justicia y Guardador del Orden. Pont. Max.

»A todos los habitantes del planeta, pero muy especialmente a su gobierno, hago saber:

»He decidido tomar el poder y hacer efectivos Tos títulos mencionados antes, por lo que el gobierno actual deberá dimitir en bloque y traspasarme los poderes antes del 25 de noviembre de presente año. Y si no lo hiciere así, el planeta sería destruido.

»¡Terrestres, leed, oíd! Vosotros queréis vivir. Colaborad conmigo en la formación de mi nuevo gobierno, destituyendo al actual.

»Y para demostrar la inmensidad de mi poder, el próximo día 30 de mayo haré que el asteroide XK-7.062 pase rozando las capas superiores de la Tierra. Los científicos os explicarán las características de dicho asteroide y también os dirán si es cierto que el poder de un hombre puede o no arrancarlo a su órbita secular.

«Terrestres, obedeced a vuestro Rey-Emperador,

»*JANVS I.*»

* * *

En los primeros momentos, el anuncio fue tomado a chacota. Se hicieron innumerables caricaturas y se compusieron cientos de cancioncillas satíricas. Los artistas de variedades se «hincharon» literalmente, cada uno con su interpretación peculiar del personaje que se había hecho famoso de la noche a la mañana. Fue un anuncio muy celebrado, ciertamente.

Pero también los científicos, aludidos de una manera genérica, pusieron mano a la obra, tal como lo había recomendado el misterioso personaje, del que se creía todavía era una gigantesca broma, destinada a encabezar una colosal campaña de publicidad de algún nuevo producto. Los astrónomos, sobre todo, destruyeron rápidamente esta posibilidad.

El doctor Rowen, director del O.A.O. 1 (Observatorio Astronómico Orbital número 1) fue bien claro al respecto:

—El asteroide XK-7.062 es un pedrusco espacial de forma irregular, pero de unas dimensiones máximas que alcanzan los cuatrocientos metros. Su volumen puede calcularse en unos sesenta y cuatro millones de metros cúbicos, lo que da una masa cercana a los quinientos millones de toneladas. Su velocidad es de ciento sesenta kilómetros por segundo, lo que significa unos ciento treinta mil a la hora. Por tanto, dada su posición actual, el contacto con las capas superiores de la atmósfera, se efectuará en la fecha indicada por Janus I.

La consternación se apoderó de todos los asistentes a la conferencia de prensa convocada por Rowen.

—¿Se producirán catástrofes, doctor? —preguntó un periodista.

—No. Tengamos en cuenta que la atmósfera alcanza cuatrocientos y más kilómetros de altura, aunque, naturalmente, en esos estratos superiores su densidad es apenas perceptible. Pero aun así, dadas las velocidades particulares de la Tierra y del asteroide, se producirán extraños fenómenos lumínicos, quizá calóricos y hasta es posible que se produzcan momentáneas alteraciones climáticas. Por tanto, las autoridades deberán tomar las medidas oportunas para evitar posibles daños en la población humana.

—Doctor, ¿es usted partidario de Janus I? —preguntó otro periodista.

—No soy político —fue la escueta respuesta del astrónomo.

—Doctor, ¿sobre qué zona se producirá el contacto del asteroide con la atmósfera terrestre?

—Aproximadamente, sobre el centro del Atlántico, entre las Canarias y la costa oriental sudamericana, hacia las ocho de la tarde.

El día 30 de mayo, a las veinte horas, millones y millones de personas tenían la vista encarada al cielo. Día a día, los observatorios astronómicos habían dado cuenta de los progresos del asteroide. Las predicciones de Janus I se cumplían al pie de la letra hasta el momento.

De súbito, a las ocho y dos minutos, se vio una leve chispa en el cielo.

Millones de gargantas emitieron un unánime grito, que sonó en una vastísima zona. La luz se acentuó, hasta convertirse en un resplandor intolerable, que barrió por completo las tinieblas.

Era el resultado de la fricción del asteroide, lanzado a inconmensurables velocidades, con las capas superiores de la atmósfera. Detrás de aquella masa de quinientos millones de toneladas, había una larguísima estela de chispas, que si parecían diminutas vistas desde la superficie del globo, debían de tener un aterrador tamaño natural.

Eran fragmentos desprendidos del asteroide, que igualmente se incendiaban. El fantástico espectáculo, predicho con toda puntualidad por el futuro Rey-Emperador de la Tierra, duró breves minutos.

Luego volvió la oscuridad.

Y al día siguiente se produjeron algunos huracanes y numerosas lluvias, pero los daños fueron menos de lo esperado.

Todo el mundo supo, sin embargo, que aquel misterioso personaje que se autonabraba Señor de los Pueblos y Razas de la Tierra, no había bromeado. No había sido el prólogo de una masiva campaña de publicidad; por el contrario, era algo mucho más serio.

Y, estaba visto, Janus I tenía la firme intención de tomar el poder en el planeta.

La pregunta que a continuación se hicieron todos los terrestres fue la siguiente:

—¿Cuándo hablará de nuevo Janus I?

* * *

—¿Qué fuerza se necesita para cambiar la órbita de un asteroide como el XK-7.062?

El autor de la pregunta esperó la respuesta. King Wallace miró fijamente al interpelado, profesor Scheiffer, antiguo conocido suyo, aunque no con la suficiente intimidad como para llamarlo amigo. Scheiffer era astrónomo, físico y geólogo y tenía una de las mentes más agudas e inteligentes que se habían conocido en los últimos lustros.

Wallace contaba unos treinta y cuatro años, era de buena estatura, aproximadamente un metro y setenta y ocho centímetros, pelo oscuro y ojos marrones, con la suficiente fealdad para hacer volver la cabeza a muchas mujeres. Doce años antes, había seguido unos cursos de física con el profesor Scheiffer, pero lo había dejado al poco tiempo, atraído por algo que le agradaba más que una ciencia que se le antojaba estática, al menos en su fase de aplicaciones prácticas.

En cuanto a Scheiffer rondaba los sesenta años, pero se conservaba bien, con la mente lúcida y un aspecto físico envidiable para su edad. En el momento actual, se hallaba en su despacho privado, adonde había ido a visitarle King Wallace.

—¿En nombre de quién me haces la pregunta, muchacho? —dijo sonriendo.

Wallace sonrió también.

—Lo siento, profesor; no puedo contestarle —se disculpó—. Pero sí le agradecería me diera la mayor información posible sobre el asunto.

—Tú estudiaste conmigo. ¿No sabes hallar la respuesta por ti mismo?

—Aquello ocurrió hace doce años, profesor. He olvidado la Física casi por completo.

—No me extraña; eras uno de los alumnos más retrasados y... Bien, puesto que el asteroide pesa casi medio millón de toneladas...

Scheiffer se enfrascó en una serie de abstrusas explicaciones, de las cuales Wallace sólo sacó una cosa en limpio: fuese quien fuere el autor de la desviación orbital del asteroide, no sólo tenía ingenio, sino que disponía de poderosos medios, en todos los sentidos, para mover a su antojo a aquel

medio millón de toneladas de roca espacial.

—Es decir, ha empleado enormes cohetes, con una incalculable potencia de empuje, ¿no es así? —dijo, cuando Scheiffer hubo terminado de hablar.

—Ha tenido que ser como dices, muchacho, a menos que...

—¿A menos que...?

Scheiffer meneó la cabeza.

—No, es imposible —dijo pensativamente—. El efecto Fürt-Halz es sólo una especulación de laboratorio, una teoría apenas demostrada, pero que, de ser llevada a la práctica, podría significar que el nombre tuviera a su disposición una fuerza colosal..., capaz de mover la Tierra incluso.

—¿Qué es el efecto Fürt-Halz, profesor? —preguntó Wallace, que no había oído nombrar nada semejante hasta el momento.

—En pocas palabras, concentración de ondas magnéticas direccionales, a voluntad del operador. Además de una potencia incalculable, significaría un enorme ahorro de energía. Es, como algunos lo llaman, el efecto Arquímedes. Tú ya sabes lo que dijo Arquímedes, ¿no es cierto?

—Sí, profesor. *Dadme un punto de apoyo y una palanca lo suficientemente larga, y moveré la Tierra.*

—Exacto, muchacho. —Scheiffer meneó la cabeza—. Si no es por medio del efecto Fürt-Halz, no sé cómo han podido mover el asteroide. Pero el aparato que produce esas ondas no había pasado hasta ahora del estado de investigación en laboratorio, sin que se conocieran aplicaciones prácticas, ni siquiera para mover un garbanzo.

—De modo que Fürt-Halz... Eso parece el nombre de su descubridor —comentó Wallace.

—Sus descubridores, Kate Fürt y Aeneas Halz.

—Una mujer, profesor.

—Sí, madura, pero aún atractiva, lo que no le impide ser un físico eminente, créeme. En cuanto a Halz es el ingeniero que construyó el aparato, mediante el cual se comprobaron prácticamente las teorías de la doctora Fürt.

—¿Soltera, viuda, casada o divorciada?

Scheiffer se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

Wallace se dijo que debía dar la entrevista por terminada, con una pregunta:

—¿Dónde vive la doctora Fürt, profesor?

—Unidad Suburbana Cuarenta y Siete, es todo cuanto puedo decirte. Pero allí hay un centro de información y te indicarán la residencia de la doctora.

—Gracias, profesor.

CAPITULO II

El automóvil, propulsado por sus baterías recargables mediante la radiación solar, se detuvo delante de la casa rodeada por un pequeño jardín, en la cual, según los informes recibidos por su ocupante, vivía la doctora Kate Fürt. Wallace se apeó, comprobó la identidad de la dueña de la casa en el buzón situado junto a la verja y se dispuso a entrar en el jardín.

Cuando ya abría la puertecita, oyó una voz que le interpelaba:

—Eh, ¿adónde va usted?

Wallace giró la cabeza. Delante de él había una hermosa joven, de unos veinticuatro años, vestida con blusa, pantalones cortos y sandalias, que le miraba con expresión inquisitiva y hasta reprobatoria. Tenía el pelo muy claro, corto como el de un muchacho y sus ojos, grandes y rasgados, eran de color azul intenso.

—Busco a la doctora Fürt, señorita —contestó él.

La chica avanzó hacia Wallace.

—¡Qué casualidad! Yo también la busco. Hace mucho tiempo que no sabemos nada de ella —exclamó.

—¿No sabemos? —repitió Wallace—. ¿Quiénes?

—Mi padre, Félix Hudson. Yo soy su hija, Athenia.

—King Wallace —se presentó el joven—. De modo que Athenia Hudson.

—Le suena mi apellido, ¿eh?

Wallace sonrió.

—Un poco —admitió—. Señorita, ¿por qué busca usted a la doctora Kate?

—¿Y usted?

—Orden del gobierno.

Athenia se sorprendió de la respuesta, pero reaccionó en seguida.

—A ver, demuéstrelo —pidió.

—Lo siento, tendrá que contentarse con mi palabra.

Hubo un instante de silencio. Athenia se imaginó que el hombre que tenía frente a sí debía de ser un agente secreto. No tenía aspecto de malhechor..., pero podía equivocarse, pensó.

Sin embargo, se inclinaba por creer al joven.

—Está bien. ¿Vamos a buscarla juntos? —sonrió al cabo.

Wallace apartó la puertecita. Athenia entró con paso rápido y gracioso al mismo tiempo. Era casi tan alta como él, observó el hombre.

Llamaron a la puerta. Una mujer apareció a los pocos momentos.

—¿Sí? —dijo de mala gana.

—Buscamos a la doctora —manifestó Wallace—. ¿Quiere anunciarle nuestra visita, señora, por favor?

—Lo siento, la doctora no está. Yo soy la señora Huckley, asistente de la doctora. Vengo una vez por semana a hacer la limpieza de la casa. El Banco me paga, pero a ella no la he visto desde hace más de tres meses.

Athenia se sorprendió de la respuesta.

—¿Adonde se fue? —preguntó.

La señora Huckley se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni siquiera me dijo que se marchaba —contestó.

—¿Y no se le ha ocurrido avisar a la policía? —se sorprendió Wallace.

—Claro, pero... ¿creen que la doctora es la única persona cuya desaparición se ha denunciado en tres meses? Periódicamente me acerco a la comisaría de la Unidad Suburbana, pero siempre me dan la misma respuesta: «Paradero desconocido.»

Wallace movió la cabeza.

—Está bien, señora, muchas gracias —dijo.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida.

Athenia, tras una ligera vacilación, corrió a unirse con él.

—Señor Wallace, ¿qué opina usted de todo esto? —preguntó.

El joven la miró largamente.

—Alguien irá a interrogarles a usted y a su padre —contestó—. Les aconsejo den cumplida respuesta a todas las preguntas que se les formulen.

Athenia abrió la boca, estupefacta, pero Wallace estaba ya junto a su automóvil. Descolgó el micrófono y dijo:

—Habla Wendy Blanco Siete. Doctora desaparecida hace tres meses. Paradero desconocido. Denunciada desaparición en comisaría Unidad Suburbana Cuarenta y Siete. Investiguen a fondo. Interroguen Félix Hudson, de Espacio-Líneas Hudson y Compañía, y su hija Athenia. Me dirijo residencia Aeneas Halz. Acuse recibo.

—Habla Rosa Azul Doce. Mensaje recibido y grabado. Eso es todo.

—Corto y cierro —dijo Wallace.

Ydevolvió el micrófono a su horquilla.
Luego se volvió hacia la muchacha.

—No lo olviden, atiendan a los hombres que irán a interrogarles —dijo.

Athenia movió la cabeza repetidas veces.

—Conque, al fin, agente del gobierno —murmuró.

—Sí —confirmó él sobriamente.

Yya se disponía a entrar en el coche, cuando, de pronto, Athenia gritó:

—¡Espere!

Wallace la miró inquisitivamente. Ágil y resuelta, Athenia dio la vuelta y se metió en el coche por la otra puerta.

—Eh, ¿qué diablos...?

Ella sonrió deliciosamente, a la vez que se acomodaba en el asiento.

—Voy con usted —dijo.

Wallace lanzó un bufido. Luego golpeó la tecla de arranque. El coche se puso

en marcha silenciosamente. Wallace lo guió con la única palanca que servía para su manejo: marcha adelante, a mayor o menor velocidad, según la inclinación de la misma; freno al echarla hacia atrás, virajes a derecha o izquierda, según los respectivos movimientos de la palanca y, con el automóvil parado, marcha atrás para maniobras, mediante la misma palanca y la presión de otra tecla en el salpicadero.

En recorridos largos, se podía programar el viaje, de modo que el conductor no tenía que preocuparse del manejo del vehículo. En zonas urbanas, convenía conducir el coche manualmente.

—Señorita Hudson... —empezó a decir él, tras un intervalo de silencio.

—Athenia, por favor —rogó ella—. El protocolo resulta enojoso a cierta edad —dijo de buen humor.

—Está bien, Athenia. ¿Puedo suponer que Hudson y Cía. han estado subvencionando determinadas investigaciones de la doctora Kate?

—Así es, King —confirmó la chica.

—¿Con qué objeto?

—¿No se lo figura?

—No soy científico ni industrial o magnate del comercio y las finanzas, Athenia.

—Ya, no hace falta que lo diga. Está bien, mi padre quería obtener un mayor beneficio en sus espaciolíneas.

—¿Le parece poco el dinero que gana? —gruñó Wallace.

—No se trata de beneficios económicos estrictamente, aunque podrían llegar si las investigaciones de Kate hubiesen tenido un buen final. El objeto de subvencionar esos trabajos era conseguir mayor economía de tiempo y combustible. Lo cual, como es lógico, habría permitido rebajas sustanciales en los precios de los pasajes y en los fletes.

—Ah, ya entiendo. ¿Tenía confianza Kate en sus... investigaciones?

—Plena confianza —respondió Athenia con firme acento.

* * *

Aeneas Halz había desaparecido también.

Era viudo y vivía solo. Su casa estaba vacía, llenos de polvo los muebles y cristales. El interior de la vivienda daba la sensación de un total abandono.

Wallace estimó casi lógica la desaparición del científico, cuya especialidad era la ingeniería física. Pero puesto que Halz no estaba, decidió echar un vistazo en busca de una posible pista.

Ninguno de los papeles y documentos que examinó le dio la menor indicación del lugar en que podía hallarse Halz. Athenia colaboraba también en el registro, sin que Wallace hubiese opuesto hasta entonces la menor objeción. Podía permitirlo sin dificultad; los problemas, si surgían, no llegarían precisamente de la muchacha.

De repente sonó un grito:

—¡King!

Wallace se puso en pie. Estaba sentado ante la mesa de despacho de Halz y la voz de la joven sonaba en el primer y único piso del edificio.

Corrió hacia las escaleras. Athenia llegaba ya a su encuentro.

—¡Mire! —dijo.

Ella tenía un objeto en la palma de la mano derecha. Era una especie de placa circular, de unos ocho centímetros de diámetro, con una extraña figura en el anverso.

La placa era de esmaltes, muy bien realizada. El dibujo consistía en una espada que estaba situada verticalmente, atravesando el círculo de lado a lado. La empuñadura de la espada se prolongaba extrañamente, debido a que de sus extremos pendían sendos platillos de balanza, sobre los cuales ardían unas llamas rojas y amarillas.

En el centro del dibujo había una cabeza humana con dos caras.

—Jano Bifronte —dijo Athenia.

—Sí —convino él, pensando en el dios romano de las dos caras—. Jano en español... Janus en latín.

—¡Janus I!

Athenia fijó la vista, horrorizada, en Wallace.

—No..., no puede ser... Halz no es Janus I, ese loco que se autoproclama rey-

emperador...

—Quizá no sea Janus I, aunque sí uno de sus más leales y devotos súbditos.

—¿Cómo? ¿Cree usted que ese loco tiene ya súbditos?

—¿Acaso piensa que lo que ha hecho, lo ha hecho solo, con sus propias manos, sin más ayuda? Athenia, mover un asteroide de casi quinientos millones de toneladas no es lo mismo que cambiar un sofá de sitio en la sala.

—Sí, eso es cierto —concordó la muchacha—. Pero ¿cómo...?

—Jano Bifronte —murmuró él. De pronto, dio la vuelta a la placa y vio en el reverso una sencilla inscripción: «N.º 74».

—Si Janus I tiene súbditos, el que perdió la placa ocupaba el número setenta y cuatro en su lista —dijo Athenia.

—Exactamente, señorita, así es. Pero el que perdió esa insignia ha sido ya debidamente castigado y yo he sido enviado a recuperarla.

CAPITULO III

Sonó una exclamación de sorpresa, que había brotado de los labios de la muchacha instintivamente, Wallace miró hacia la puerta y divisó a un hombre, cuyos ojos estaban ocultos por unas grandes gafas de color, en cuya mano derecha brillaba una pistola de pavorosas dimensiones.

Wallace supo al momento la clase de arma de que se trataba. Era una pistola térmica, capaz de disparar proyectiles globulares, que, al impacto, generaban una esfera de calor, en cuyo centro, y durante algunos instantes, se alcanzaban temperaturas superiores a los 3.000°.

Con un solo proyectil, aquel sujeto podía convertirles en carbón.

—De modo que ha venido en busca de la insignia perdida —dijo, tras unos segundos de silencio.

—Sí. Démela.

La mano izquierda del desconocido se alargó. Wallace simuló dudar.

—¿Cuál es su número de orden, amigo? —preguntó.

—Primero, no le importa ese dato. Segundo, no soy su amigo. ¡Venga la placa o disparo!

—Ya va, ya va, hombre... Caramba, qué modales... ¿Ha venido solo?

—¿Es que no me está viendo? Oiga, o me entrega la placa de una vez o les aso vivos. ¿Piensa que no me doy cuenta de que trata de distraer mi atención?

Wallace sonrió.

—Y usted, ¿piensa que hemos venido solos?

El desconocido se sobresaltó. Wallace se percató de que quería volver la cabeza, pero no se atrevía, por no perderles de vista.

Durante un segundo, callaron los tres. De pronto, el desconocido retrocedió un par de pasos.

—Contaré hasta tres. Si al acabar no me ha dado la placa...

—¡Ahí va! —gritó Wallace repentinamente.

El disco partió horizontal, con indescriptible violencia, yendo a golpear de canto el pómulo izquierdo del sujeto. En el mismo instante, Wallace se tiró a un lado, golpeando a Athenia con el hombro.

La chica gritó al caer. El desconocido, tras un rugido de dolor, disparó su pistola, pero el proyectil térmico salió alto y desviado.

Al final de la escalera se produjo un estallido de calor. Los cristales saltaron. Empezaron a brotar las primeras llamas.

La cara del desconocido sangraba profusamente en el lado izquierdo, en donde la insignia había causado una profunda grieta. Pero no había perdido el conocimiento y quiso repetir el disparo.

Wallace no se lo permitió. También tenía una pistola en la mano, aunque disparaba otra clase de proyectiles.

Eran balas autopropulsadas, una especie de diminutos cohetes de un centímetro de calibre y tres de longitud. La carga, de pólvora de combustión retardada, permitía que "el proyectil pudiera llegar, con absoluta precisión, a trescientos cincuenta metros de distancia.

El cuerpo del sujeto sufrió una espantosa convulsión. Con los ojos desorbitados por el susto, Athenia vio al hombre separarse medio palmo del suelo, con el pecho atravesado por completo, antes de caer fulminado a corta distancia de la entrada.

Wallace se puso en pie. Todavía con la pistola en la mano, se acercó al caído.

El disparo había sido certero. Wallace supo en el acto que su proyectil no sólo había atravesado el corazón de su adversario, sino que la carga de pólvora lo había chamuscado también.

Inclinándose sobre el cuerpo que ya apenas se movía, lo registró cuidadosamente. Los documentos de identidad le dijeron que el hombre se había llamado Emil Hesser. También supo su profesión y domicilio, aunque se imaginó que, probablemente, eran unos datos ficticios.

Pero en los bolsillos encontró, además, otras cosas que, estimó, podían resultar una buena pista. Y también halló otra insignia parecida a la de Halz, con un número de orden: 1.062.

Athenia se había levantado. Wallace se volvió hacia ella.

—Lo siento —se disculpó—. Tuve que obrar bruscamente; era la única

manera de salvarnos.

Ella asintió.

—¿Está..., está muerto?

—Sí. No me tome por un salvaje sediento de sangre, pero cuando un hombre me apunta con una pistola térmica, tengo que hacer una elección. He de ganarle en velocidad, sin pensar en otra cosa que en lograr un buen blanco.

—Comprendo —dijo Athenia—. No se le puede reprochar nada, King.

—Gracias. —Wallace hizo saltar la segunda insignia en la palma de su mano —. Hesser tenía el número mil sesenta y dos —añadió.

—¿También era un... súbdito de Janus I?

—Eso parece, aunque de menor categoría que Halz.

—¿Qué está diciendo, King?

—Salta a la vista, mujer. Halz tiene el número setenta y cuatro, en tanto que el de Emil era mucho más elevado. Eso significa que Halz figura entre los primeros seguidores de Janus I, los que se unieron a él desde el principio y que, fieles o entusiastas de sus ideas y proyectos, reclutaron a otros seguidores. ¿No lo comprende?

—Bueno, el hecho de que hayamos encontrado aquí una insignia con la divisa de ese megalómano, no presupone que Halz sea uno de sus secuaces —alegó la joven.

—¿Dónde encontró la placa? —preguntó él.

—Arriba, en su dormitorio, al pie de la cama.

—Se le cayó al vestirse...

—Se le cayó a uno de sus secuestradores.

—¿Qué le hace suponer tal cosa, Athenia?

—La cama, aunque llena de polvo, está desordenada. Hay ropas tiradas por todas partes. No cabe duda, Halz fue atacado mientras dormía. Luego ya no ha vuelto nadie por aquí, hasta que alguien, de repente, se dio cuenta de que le faltaba su placa. ¿No oyó a Hesser? Venía a recobrarla, y el que la perdió había sido ya castigado.

—Es cierto —murmuró Wallace—. Pero no debemos dejar de pensar en otra posibilidad.

—¿Cuál, King?

—Una superchería, un secuestro fingido. Si fue Halz el que desordenó la habitación antes de irse, con los gestos que hizo obligadamente, bien pudo perder la placa sin advertirlo.

—Es probable —admitió la muchacha—. Bien, ¿qué piensa hacer ahora, King?

Wallace suspiró.

—Voy a llamar al Centro para que se ocupen de Hesser y reúnan la mayor información posible sobre él —contestó—. También se ocuparán del cadáver. Luego, si no le importa —añadió sonriendo—, la invito a cenar,

Athenia se estremeció.

—¿Cómo puede pensar en cosas tan frívolas, habiendo matado a un hombre? —le apostrofó.

—Si Hesser hubiese logrado su blanco, usted no podría reprocharme ahora esa frivolidad. Ni yo la habría invitado a cenar, claro está —contraatacó Wallace.

—Sí, tiene razón —admitió la chica—, pero deberá dispensarme; esta noche no me siento de humor para aceptar su invitación.

—La ayudaría a olvidar —insistió él.

—Otro día —dijo Athenia firmemente.

* * *

A primeros de julio, Janus I emitió su segundo mensaje, el que, tras los prolegómenos de rigor, decía:

«La prueba realizada el 30 de mayo pasado es una demostración palpable de que mis palabras no son una fantasía. Si el 25 de noviembre puede ser la fecha que señale la destrucción de mi planeta, caso de que no se acepten mis peticiones, mucho antes, científicos y astrónomos podrán observar el acercamiento del asteroide FH-5.102 a la Tierra, al cual he puesto el nombre de «Vindicator». Pero

«Vindicator» es muchísimo mayor que el XK-7.062 y su masa ronda los tres billones de toneladas, con lo que el impacto, caso de producirse, arrasaría el planeta.

»El día 25 de octubre próximo, demostraré cumplidamente que este mensaje no es una fanfarronada. Mientras tanto, el gobierno de la Tierra hará bien en ir preparando la transmisión de poderes.

»Janus I, rey-emperador y Pont. Max.»

Sentado frente a la pantalla, Wallace contemplaba la emisión en que se transmitía el diario al cual estaba suscrito. Los titulares reproducidos en el vidrio deslustrado eran enormes. Había comentarios, informes, opiniones de destacados científicos, pero todos coincidían en lo principal: Janus I podía destruir la Tierra.

«Vindicator» tenía unas dimensiones aproximadas de cinco por siete por seis kilómetros, lo cual daba un volumen de casi cuatrocientos kilómetros cúbicos, cuatrocientos mil millones de metros cúbicos. Por tanto, la cifra de tres billones de toneladas —tres millones de millones—, era muy aproximada a la realidad.

De repente, sonó un zumbido.

Wallace alargó la mano y tocó la tecla de contacto de su videófono. La pantalla se iluminó cinco segundos después, en colores naturales.

Un hermoso rostro apareció ante sus ojos.

—¡Athenia! —exclamó, sin poder contenerse.

—Hola, King —sonrió ella—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, estaba leyendo el diario televisado...

—Yo también he leído las noticias. Parece que Janus I no desiste de sus propósitos, ¿eh?

—Así es. Ese loco sería capaz de destruir la Tierra, si no se le entrega el poder.

—¿Cree que está en condiciones de hacerlo?

—Sin la menor duda, aunque oficialmente y en público sostengamos todo lo

contrario.

—¿No hay pistas?

—La última se pierde en Hesser, nombre y demás circunstancias personales completamente falsos. No hay el menor rastro de Halz... ¿Y qué me dice usted de la doctora?

—Mi padre está desesperado.

Wallace saltó en su asiento.

—¿Cómo?

—Sí, hombre. Ahora, al cabo del tiempo, se ha dado cuenta de que está enamorado de Kate.

—Vaya una sorpresa —murmuró el joven—. Claro que Kate no es una vieja y está todavía de muy buen ver, según tengo entendido.

—Tiene cuarenta y dos años cronológicos, pero representa treinta y tres físicos. Nada «de muy buen ver»; es una hermosa mujer, King.

—Quién lo hubiera dicho. ¿La aprecia usted?

—Sí, es muy buena, aunque en los últimos tiempos estaba obsesionada en sus investigaciones. Yo creo que si hubiera dedicado más tiempo al laboratorio, mi padre y ella ya estarían casados.

—La encontraremos, Athenia. Nuestro departamento no abandona las pesquisas, aunque a usted pueda parecerle todo lo contrario.

—Lo celebro, King. Oiga, ese tal Janus debe de estar loco. ¿Por qué se atribuye tantos títulos?

—Megalomanía. O mitomanía, como quiera, tanto da.

—Incluso se hace llamar Pont. Max... ¿Qué quiere decir?

—*Pontifex Maximus*, Athenia. Pontífice Máximo —tradujo él.

—¿Qué? ¿Acaso va a usar el mismo título que los Papas? ¿Va a crear, además, su propia religión?

—Oh, no creo que llegue a tanto —rió Wallace—. Además, ese título era usado también por los emperadores romanos. No es más que *un* título que él

se aplica, como el de Supremo Legislador y otros varios.

—Pero su locura puede acabar con la Tierra.

—Nosotros acabaremos antes con él, Athenia.

—¿Seguro?

King dudó un instante.

—Al menos, lo intentamos —contestó al fin—. Oiga, ¿qué hay de aquella cena...?

—Este fin de semana me es imposible. Mi padre y yo estamos invitados en la E.O.P. 829.

—Una Estación Orbital Privada, ¿eh?

—Sí. Pertenece a un buen amigo de mi padre, con el que, en más de una ocasión, ha hecho buenos negocios. Nos ha invitado y no podemos rechazar la cortesía.

—Debe de ser un tipo muy rico. Una E.O.P. no la tiene cualquiera —comentó Wallace.

Athenia sonrió.

—Llámeme el lunes por la tarde —indicó.

Wallace cortó la comunicación. A los pocos momentos, sonó otro zumbido.

Una ranura se abrió en la pared cercana y varias cartas fueron lanzadas a una bandeja. Wallace examinó el correo.

Había algunas facturas y folletos de propaganda. También encontró una carta, con una reproducción del mensaje que Janus había emitido los últimos días.

La segunda carta, parecía, era personal de Janus I.

«¿Quieres entrar a mi servicio, como súbdito distinguido? Tendrás honores, prebendas, recompensas, títulos honoríficos... Incluso puedes ocupar puestos preeminentes en mi gobierno mundial.

»¡Deja el C.I.E. y únete a mí!

»Si aceptas esta proposición, contesta solamente sí al que te llame por videófono mediante la contraseña "Cara Pacífica". Luego recibirás las instrucciones precisas para convertirte en un janista de corazón.

»Te abraza tu rey-emperador y Pont. Max.

»*Janus I.*»

—¡Caramba, hasta me escribe en persona y todo! —exclamó Wallace en voz alta, sin darse cuenta de que estaba solo.

Al menos, la firma parecía personal. Y en el ángulo superior izquierdo de la carta, había un membrete con la insignia ya conocida, de la espada-balanza llameante y la cabeza de las dos caras.

—Abandonar el Centro de Investigaciones Especiales —murmuró—. ¿Cómo sabe que pertenezco a esa entidad?

Evidentemente, Janus I poseía un buen servicio de información, dedujo. Y debía de tener muchos secuaces en todas partes, que apoyaban, secreta o abiertamente, sus planes de dominio universal.

De repente, sonó el videófono.

Wallace dio el contacto. La pantalla permaneció en blanco; sin embargo, aun pudo oír una voz que decía:

—Cara Pacífica.

—Adelante. Soy Wallace.

—Le han hecho una proposición. ¿Qué contesta?

—Sí.

—La traición se castiga con la muerte. Recibirá nuevas instrucciones. Se le asigna el número ocho cinco cero cero tres. Anótelos inmediatamente.

—Sí, señor.

—Por ahora eso es todo. ¡Viva nuestro rey-emperador!

—¡Viva!

La comunicación se cortó. Wallace parpadeó, pensando en que había dado

una respuesta final casi automáticamente.

—De modo que tengo el número ochenta y cinco mil tres —murmuró—. La cifra de adeptos ha crecido desde que a Halz le asignaron el setenta y cuatro y a Hesser el mil sesenta y dos.

Unos segundos más tarde, se dispuso a hablar nuevamente por videófono. Pero, repentinamente, concibió una sospecha.

¿Estaba intervenida la línea?

CAPITULO IV

Antes de utilizar nuevamente el videófono, se levantó. Fue a su despacho y abrió un cajón, del que extrajo un diminuto aparato, provisto de una antena terminada en una rejilla de unos quince o veinte centímetros cuadrados.

Las cortinas de la sala estaban corridas. En la parte inferior del detector había unos cables, dotados de pinzas perforantes, las cuales situó en el hilo del videófono. Hecho esto, dejó el detector sobre la mesita y marcó el número de un bar cercano, cuyo dueño era conocido suyo.

—¿Mac? Hola, buenas tardes —dijo con acento trivial—. Soy King y estoy seco. Sí, por favor, media docena de botellas de escocés, dos de brandy y una caja de jerez. Cuanto antes mejor, Mac. ¿La mujer y los chicos? Oh, ¿hay otro en camino? Pero, Mac, ¿es que no te gusta la televisión? —Wallace soltó una carcajada—. Conque eres partidario de las tribus numerosas, ¿eh? Bien, felicidades de antemano y dile a Betty que se conserve tan guapa como siempre. Por favor, envíame pronto el pedido, gracias.

La llamada era un pretexto para hacer funcionar el detector. Mientras hablaba con el dueño de la tienda de licores, la rejilla detectora había girado un par de veces, hasta detenerse señalando a un punto determinado.

En la parte superior de la caja, había una mirilla, en la que aparecían y desaparecían con frecuencia números. Al fin, quedó impresa una cifra: 673.

—Seiscientos setenta y tres metros —murmuró Wallace maquinalmente.

El detector era muy perfeccionado. Señalaba la dirección y la distancia del lugar en que se hallaba instalado un aparato interferidor, pero no la altura. Era una desventaja que Wallace debería anular a fuerza de ingenio.

Con grandes precauciones, descorrió un poco la cortina. Luego miró en la dirección señalada por la rejilla detectora.

En la distancia señalada había un edificio de unos treinta pisos. Wallace se preguntó en cuál de las numerosas ventanas podía estar el observador que había captado no sólo su llamada a la licorería, sino la anterior conversación con el reclutador de janistas.

El edificio estaba localizado. Con toda naturalidad, Wallace descorrió las cortinas. Encendió un cigarrillo y luego se dirigió al cuarto contiguo.

Era su dormitorio. Se desvistió de cintura para arriba, como si fuese a

cambiarse de ropa, pero, de pronto, pareció recordar que tenía las cortinas descorridas y tapó la ventana.

Inmediatamente, agarró unos prismáticos y se arrodilló junto al antepecho. Mirando con infinitas precauciones, empezó a recorrer todas las ventanas del edificio sospechoso. Unos minutos después, encontró la que buscaba, cuarta de la izquierda, planta duodécima.

Había allí un sujeto sentado en una silla, con unos auriculares y detrás de unos prismáticos, situados sobre un trípode. En el mismo momento, Wallace oyó el timbre de la puerta.

Rápidamente, se puso una camisa y corrió a abrir. El mandadero de la tienda de licores entró con las cajas de botellas. Wallace procuró hacer ostentosisidad de sus movimientos, a fin de que el espía le viese con toda claridad.

Dio una propina al muchacho. Luego agarró un libro y, siempre con gran ostentosisidad, se tendió a leer en un diván, Pero el respaldo del mueble le ocultaba por completo a la vista del espía. Medio minuto más tarde se arrastraba por el suelo, al pie de la pared, hasta alcanzar la puerta, que quedaba fuera del campo visual del observador janista.

* * *

La puerta se abrió en completo silencio. Wallace asomó la cabeza. Sonrió para sí; el observador continuaba en su puesto.

Pisando de puntillas, caminó hacia el sujeto. De pronto, alargó las dos manos.

Con la izquierda le agarró de los pelos. En la segunda había un tubo, del que salió un chorrillo de gas, que fue dirigido directamente a la nariz del espía.

Wallace aguantó la respiración. El espía quiso hacer lo mismo, pero Wallace le lanzó la segunda descarga. Acto seguido, se retiró a un lado.

El observador se puso en pie, colérico.

—¿Por qué me ha hecho eso? —gritó.

—Para que me obedezcas.

El tono de voz de Wallace era tajante, imperioso. Los ojos del espía voltearon un segundo en sus órbitas.

Luego dijo:

—Sí, señor, le obedeceré.

—En primer lugar, dame tu nombre.

—Erk Quinnus, señor.

—¿Número?

—Seis seis nueve cuatro cero.

—Enséñame la placa.

Quinnus obedeció. Si, aquella famosa placa era idéntica para todos, y el número que había en su reverso correspondía exactamente al declarado por el observador.

—¿Quién te ha enviado aquí? —preguntó Wallace.

—El número treinta, señor.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, señor.

Wallace respingó.

—A ver, explícate —pidió.

—Cuando me alisté en las filas janistas, se me dijo que debería obedecer especialmente las órdenes de todo janista cuya cifra numeral fuese inferior a cien. Pero me asignaron como jefe inmediato el número treinta.

—Está bien, sigue.

—Mi jefe me envió a casa estos instrumentos y la llave del piso en que estoy. Luego me ordenó venir aquí y observara a usted todo el tiempo posible.

—Bien, pero ¿cómo te comunicas con el número treinta?

—El me llama de cuando en cuando y yo informo. Eso es todo, señor.

Wallace asintió. Sí, el misterioso número treinta, probablemente un alto oficial de la corte de Janus I, llamaría a Quinnus y no lo haría siempre desde el mismo sitio.

Incluso cabía la posibilidad de que encomendase a otro la llamada o que lo

hiciese mediante un repetidor a distancia, conectado momentáneamente a determinado videófono... El número de trucos para no ser localizado era poco menos que infinito, se dijo Wallace amargamente.

Pero tampoco podía mostrarse descontento de lo conseguido. Por lo menos, sabía que debía ser muy cauto al utilizar su videófono particular.

Un segundo chorro, de otro gas distinto, fue a parar a la cara de Quinnus.

—Olvidarás que yo he estado aquí —ordenó—. Tú no me has visto, no has hablado conmigo, no me has dado ningún informe, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Continúa tu trabajo dentro de un minuto. Yo no he estado aquí, repito. — Bien, señor.

Wallace abandonó el edificio. ¿Quién era el misterioso número 30?, se preguntó. Para evitar contratiempos hizo una llamada desde un lugar alejado de su casa.

—Necesito un suplemento tipo I.A.-1 —dijo.

—¿Urgente?

—Lo antes posible, por favor.

—Le enviaremos el IA.-1 rápidamente.

—No se olviden de insertar en él un cartucho grabado con mis datos personales.

—Descuide.

Wallace salió a la calle nuevamente. Encendió un cigarrillo.

Miró al cielo. ¿Dónde estaba «Vindicator», el asteroide que Janus I se disponía a lanzar sobre la Tierra, si no se le concedía el poder absoluto?

Muy pronto tuvo la respuesta, antes de que se hiciera de noche.

Aunque la televisión transmitía páginas, impresas de periódicos, las que deseara el espectador, también se vendían por las calles, puesto que había muchos que preferían la lectura directa y, además, había secciones que no se transmitían. Un vendedor voceaba estrepitosamente su mercancía.

Wallace adquirió un diario. En primera plana podía leerse un titular estremecedor:

«¡"VINDICATOR" HA REBASADO LA ÓRBITA DE MARTE Y SE
ENCAMINA DIRECTAMENTE HACIA LA TIERRA!»

* * *

Sonó el zumbador del videófono. Un dedo índice pulsó la tecla de contacto.

—¡Hola, King! —dijo Athenia alegremente—. ¿Qué tal marcha el asunto?

—¿Cómo dice usted, señorita?

Athenia se sorprendió vivamente.

—Pero, King, ¿qué memoria es la suya? —exclamó.

De repente, otra cara idéntica a la anterior apareció en la pantalla. Athenia lanzó un chillido.

—¡King! ¡Usted no me había dicho que tenía un hermano gemelo!

Wallace se echó a reír.

—No es mi hermano gemelo, sino un I.A.-1 —contestó—. Pero ya le explicaré luego —añadió—. ¿Dónde se encuentra ahora?

—En mi casa. Acabo de regresar del asteroide privado..., perdón, del satélite privado donde pasé el fin de semana.

—¿Se ha divertido?

—Mucho. Un fin de semana en el espacio, a treinta y seis mil kilómetros de distancia, es algo que no se puede describir con meras palabras. Debería probarlo, créame.

Wallace sonrió comprensivamente.

—¿Qué hay de la invitación a cenar? —preguntó.

—Aceptada. ¿Hora y lugar?

—Siete y media, en el Kipphan's. ¿Le parece bien?

—Encantada. Hasta luego, King.

Wallace se volvió a continuación hacia el doble que permanecía impertérrito a su lado.

—Tengo que hablarte de esa encantadora muchacha —dijo.

—Sí, señor —contestó IA.-I, sin alterar el tono de su voz.

Media hora más tarde, sonó de nuevo el zumbador del videófono.

Wallace quitó el anulador de detecciones extrañas, que tenía puesto normalmente, hasta tanto instruía al doble. De este modo, había evitado que fuese captada la llamada de Athenia.

—Habla Wallace —dijo.

—Soy el número veinticinco —manifestó una voz, ya que la pantalla no se había iluminado—. A partir de ahora, usted obedecerá mis órdenes por completo.

—Bien, señor.

—Por ahora, eso es todo. Cuando se necesiten sus servicios personales, recibirá nuevas instrucciones. Pero no obedezca otras instrucciones que las mías. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor.

La conversación se cerró con los acostumbrados vivas a Janus I. Wallace meneó la cabeza mientras son- ' reía entre escéptico y burlón.

Luego empezó a vestirse; por nada del mundo hubiera dejado de acudir a la cena con Athenia Hudson.

CAPITULO V

—King, ¿qué significa I.A.-1?

Wallace sonrió, mientras contemplaba a la muchacha, que aparecía encantadora, con un ceñido vestido negro, que dejaba su espalda al aire, a la vez que subrayaba las firmes líneas de su cuerpo.

—Identidad Absoluta número uno —contestó—. Es un doble, que actuará exactamente como lo haría yo, en el momento en que sea requerido para ello. Lo que sucede es que había llegado hacía pocos minutos a casa y aún no había tenido tiempo de hablarle de usted.

—Ah, vamos, una especie de robot...

—Justamente, Athenia.

—¿Por qué? ¿Teme algo?

—Athenia, ahora soy el súbdito número ochenta y cinco mil tres de su majestad Janus I, rey-emperador de la Tierra y demás títulos. Ha crecido el número de janistas, ¿en?

Ella le miró estupefacta.

—De modo que se ha pasado al enemigo —dijo.

—Oh, vamos, vamos, sea comprensiva. Simplemente, trataron de alistarme y yo accedí. Pero no estoy seguro de que no sea una trampa y quiero prevenirme, eso es todo.

—Ah, comprendo —sonrió la muchacha—. Pero ¿qué hará...?

—Bien, está claro que Janus I recluta gente en grandes cantidades. Sospecho que la mayor parte, por no decir todos, son tipos ambiciosos, que esperan obtener grandes beneficios de su fidelidad a ese tipo. Pero el hecho es sintomáticamente grave, porque, tal como temía, se ha infiltrado en numerosos organismos de gobierno. Lo cual, como puede comprender, le confiere enormes ventajas.

—Bajo la amenaza de lanzar a «Vindicator» contra la Tierra. Pero ¿podrá conseguirlo?

Wallace desplegó el diario recién comprado. Athenia leyó:

«¡"VINDICATOR" SIGUE ACERCÁNDOSE A LA TIERRA! EN EL MOMENTO ACTUAL SE HALLA A OCHENTA Y SIETE MILLONES DE KILÓMETROS»

—Hace cuatro días, la distancia era de noventa y ocho millones de kilómetros —dijo Wallace.

—Eso significa que su velocidad es de más de dos millones de kilómetros diarios —se estremeció Athenia.

—Dos millones setecientos cincuenta mil —puntualizó él.

—Pero ¿cómo ha conseguido arrancarlo a su órbita?

—Sospechamos que algo, y muy importante, tiene que ver el efecto Fürt-Halz. Pero, en todo caso, se necesita lo que podríamos llamar estación emisora y no sabemos dónde está.

—¿Qué harían si la encontrasen?

—Suponiendo que «Vindicator» se mueva por el efecto mencionado, tendríamos que ver la forma de desviarlo de su trayectoria actual. Pero no nos queda ya demasiado tiempo.

—Es cierto. Sin embargo, Janus está expuesto, como los demás, a la catástrofe.

—Parece muy seguro de cuanto ha dicho hasta ahora. Pero ¿quién es Janus?

—El dios de las dos caras —murmuró ella.

—En efecto: una cara señalaba la puerta por la que se iba a la guerra y la otra marcaba la puerta de la paz, por donde regresaban los ejércitos romanos, después de una campaña victoriosa. Jano Bifronte..., lo cual explica la contraseña que me dieron. «Cara Pacífica».

—Por ahora, King. Quizá, más adelante, empleen otra contraseña. «Cara Bética».

—Sí. Pero hablamos de su fin de semana —sonrió él, a fin de animar un poco a la muchacha—. Cuénteme algo del satélite en que ha estado invitada con su padre.

—Oh, en realidad no hay mucho que hablar. Es muy grande y podrían vivir en él cómodamente hasta quinientas personas, naturalmente, suprimiendo la

mayor parte de los jardines y una de las dos piscinas que Stevenson ha hecho construir allá arriba. Tiene varios pisos, plataformas, sería mejor dicho, un enorme almacén de víveres, la gran estación generadora, aunque la mayor parte de la fuerza se obtiene de la energía solar... A decir verdad, uno podría vivir allí durante años enteros, sin necesidad de volver a la Tierra, sobre todo si se tiene en cuenta que está provisto de gravedad artificial.

—Un capricho de millonario —dijo Wallace.

—A Stevenson le gusta vivir allí. De todos modos, el viaje fue más que nada por cuestión de negocios con mi padre. Transportes espaciales, suministro de ciertos productos y demás. Los hombres se ocuparon de este asunto; yo no hice más que descansar y recorrer la mayor parte del satélite. Hay un par de zonas prohibidas, no sé por qué, pero quizá Stevenson tenga interés en mantener secretos esos lugares. A fin de cuentas, además de negociante, es también industrial.

—Y hay industrias con zonas prohibidas a los que no trabajan en ellas —convino Wallace—. De todas formas, me gusta tener los pies asentados en este viejo y detestado planeta.

—A mí también, pero ¿hasta cuándo podremos tener los pies asentados sin ningún temor?

Wallace guardó silencio.

Athenia había hecho una pregunta para la cual no tenía ninguna respuesta posible.

* * *

Cuando se oyó la llamada del videófono, el doble de Wallace contestó en el acto.

—Soy el número veinticinco —dijo la voz que no acompañaba a la imagen.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Salga a la calle y camine en dirección noroeste. Eso es todo por ahora. —Bien, señor.

Wallace contempló los movimientos del robot. Después de que la máquina con figura humana hubo abandonado su casa, él salió también y caminó a prudente distancia, el rostro enmarcado por unas grandes gafas de color.

El I.A.-1 caminó durante unos trescientos metros. De repente, alguien se le acercó y disparó una pistola térmica.

El ataque se produjo en una zona relativamente despejada de gente. Hubo un tremendo fogonazo, y la bola de fuego destruyó al robot en unos instantes.

Wallace se refugió en un portal. El atacante corría ya hacia un automóvil que aguardaba junto a la acera. El coche arrancó a toda velocidad. Wallace sacó su pistola y tomó puntería.

El proyectil alcanzó una de las ruedas, que explotó en el acto. Wallace vio los desesperados esfuerzos que hacía el conductor por dominar el vehículo. No lo consiguió y el automóvil, tras saltar la acera, se estrelló contra la pared de una casa.

Dos hombres, aturdidos y sangrantes, abandonaron el coche. Un policía corrió hacia ellos. Instantes después, era una bola de fuego.

La gente escapó en todas direcciones. Los janistas buscaron un medio de escapar a la acción de la justicia y se separaron, para correr en distintas direcciones.

Uno de ellos tuvo la mala suerte de pasar junto a Wallace. El joven no desaprovechó la ocasión.

El cañón de su pistola golpeó la cabeza del fugitivo. Un cuerpo humano se desplomó en el acto sobre la acera.

Acudieron algunos policías. Wallace enseñó su documentación.

Fue suficiente para que le permitieran hacerse cargo del janista.

* * *

—¿Quién eres?

El gas narcótico eludía toda posibilidad de negativa.

—Mark Hain —respondió el janista.

—¿Número?

—Cuarenta mil doscientos diez.

—¿Cuál es tu jefe?

—No lo sé.

—Dime el número.

—Cuarenta y cinco.

—¿Cómo te comunicas con él?

—Me llama a mi casa.

Wallace examinó la placa que había encontrado en las ropas del detenido. Sí, el número de Hain era el 40.210.

—¿Tu domicilio? —preguntó.

—Segunda Perspectiva, trescientos cuarenta y siete, novena planta, departamento séptimo.

Con Hain, además de Wallace, había otras dos personas. Una de ellas era Rolf Corrie, director del C.I.E. La segunda era una hermosa mujer, de unos treinta y cuatro años, la subdirectora Lyra Mitter.

—Conviene que ordenen una mascarilla de Hain —dijo.

Corrie asintió pensativamente. Lyra, en cambio, pareció asustarse.

—King, no irás a...

Wallace insistió. Lyra y él tenían los mismos años. La mujer era viuda desde hacía cinco. Wallace estaba seguro que, de habérselo propuesto, Lyra se habría casado inmediatamente con él. Era una espléndida morena, de cuerpo opulento y ojos intensamente negros, en los que, a veces, aparecía un brillo sensual. Pero no era subdirectora del C.I.E. sólo por su belleza.

—Sí —dijo el joven por fin—. Tomaré el aspecto de Hain. El v yo tenemos aproximadamente la misma complexión.

—Entiendo —dijo Lyra.

—Y así localizaremos el lugar desde donde el número cuarenta y cinco da órdenes a Hain.

—Está bien, pero ¿qué pretexto pondremos para ponerlo en libertad? —preguntó Corrie,

—Simplemente, falta de pruebas. Nos equivocamos al detenerle; Hain no era

el único que corría después de lo sucedido.

—Está bien —accedió el director—. Ahora mismo le tomaremos la mascarilla.

Wallace asintió. Hain quedaría retenido secretamente. El adoptaría su personalidad.

—Janus debe de tener cien jefes, es decir, cien personas que dirigen a los que podríamos considerar simplemente como números. Si pescamos a uno de los cien, habremos dado un gran paso para localizar al hombre que quiere convertirse en el rey de la Tierra.

Lyra apoyó una mano en el brazo de Wallace.

—Cuídate, King —dijo, a la vez que fijaba en él sus grandes ojos. Wallace sonrió.

—No pases pena por mí —contestó. Ciertamente, Lyra era muy hermosa, pero Wallace no olvidaba a Athenia.

Minutos después, mientras en el laboratorio del C.I.E. se elaboraba el nuevo rostro de Wallace, éste llamó a

Athenia.

—Voy a estar ausente unos días. No llame a mi casa —dijo.

—¿Adonde se va, King? —preguntó la muchacha.

—Lo siento. Creo que podré hablar con usted nuevamente antes de una semana.

—Suerte, King —le deseó ella.

Athenia estaba segura de que King partía para algún lugar desconocido, a fin de desempeñar una misión secreta. Mentalmente, rogó para que no le sucediera nada.

CAPITULO VI

Sonó el timbre de la puerta y Wallace se levantó para abrir. En el umbral se recortó la silueta de la subdirectora del C.I.E.

—¡Lyra! —exclamó él, visiblemente sorprendido.

—Hola —contestó la mujer—. ¿Cómo marcha todo?

—Hasta ahora, nada. En dos días, no he recibido una sola llamada del número cuarenta y cinco... pero pasa, no te quedes ahí, por favor.

—Gracias, King. —De pronto, Lyra se echó a reír—. Tu nueva cara no me gusta nada, créeme.

Wallace se pasó una mano por la finísima máscara, de piel artificial, que reproducía exactamente las facciones de Hain.

—No me molesta en absoluto —dijo—. Lo único que pasa es que tengo que quitármela a diario para afeitarme. Pero duermo incluso con ella puesta. ¿Te apetece una taza de café?

—Gracias, King. No te habrá molestado mi visita, supongo.

—Oh, por lo que más quieras. Eres mi superior, Lyra.

—Pensé que me darías otra respuesta, King.

Wallace estaba junto a la dispensadora de bebidas, aguardando a que la máquina llenara las dos tazas con la infusión. Giró la cabeza un poco y contempló a la mujer largamente.

Lyra era consciente de su belleza y, aunque durante el trabajo vestía ropas discretas, ahora llevaba puesto un detonante traje amarillo, cuyo escote llegaba a la cintura por delante y por detrás. En la parte anterior superior sólo había dos trocitos de tela para cubrir apenas los senos. Casi a partir de la cintura, el vestido se abría en una larga hendidura que llegaba hasta el borde de la falda.

Wallace sonrió. Con las tazas de café en la mano se acercó a Lyra.

—Aquí tienes —dijo.

—Aún estoy aguardando la otra respuesta, King.

Hubo un momento de silencio. Luego, Wallace tomó la taza de manos de la mujer y puso sus brazos en torno al esbelto talle femenino.

—¿Qué clase de respuesta quieres? —murmuró a su oído.

Lyra se estremeció levemente. Tras un segundo de indecisión, buscó con avidez la boca masculina.

Wallace trató de mantener la cabeza serena. Sí, ciertamente, Lyra era una mujer de excepcional hermosura y, por lo que podía juzgar, terriblemente apasionada. Pero ¿por qué sólo tenía uno de sus brazos en torno al cuello?

El brazo derecho de Lyra pendía a lo largo de su costado. Todavía con las bocas juntas, Wallace pensó que la mesita en la que estaban las tazas de café apenas tocadas, se hallaba a su izquierda.

Un segundo más tarde, se elevó el brazo derecho de la mujer. Lyra dio la sensación de querer romper el contacto, pero Wallace mantuvo el abrazo con todas sus fuerzas.

Un minuto después, se separó. Lyra estaba sin aliento.

—Eres terrible —sonrió.

—Anda, tómate el café —indicó él—. De lo contrario, frío no sabrá a nada.

Lyra sonreía al llevarse la taza a los labios. Tomó un sorbo y luego, con aire lánguido, se dirigió al diván.

—Anda, siéntate a mi lado —invitó.

Wallace obedeció.

—Debería haberme quitado la máscara para besarte —manifestó.

—Si no esperas a nadie más, ¿por qué no lo haces?

Wallace se quitó la máscara. De pronto, Lyra se frotó el estómago.

—King, ese café es muy malo —se quejó.

—¿Por qué lo dices?

—Me arde el estómago...

—Lógico.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Lyra emitió un agudo chillido.

—¿Has cambiado las tazas!

—Sí. ¿Traes un antídoto en tu bolso?

Lyra se levantó de un salto. El pequeño bolso que había traído consigo estaba encima de la consola situada junto a la entrada. Pero antes de alcanzarla, le fallaron las fuerzas y cayó al suelo.

Wallace se arrodilló a su lado.

—¿Tienes un antídoto? —preguntó.

Ella le dirigió una mirada suplicante.

—No hay... antídoto... —contestó con voz apagada.

—¿Por qué, Lyra, por qué?

—Me... lo ordenaron...

—¿Quién?

—El... número seis... Es mi... jefe... principal...

—¿Tienes tú también un número?

—Sí..., el cuarenta y nueve... Hay diez jefes... principales y cien secundarios... King, ayúdame... Yo no quería... Algo me obligó...

—Ayúdame tú. ¿Dónde está el número seis?

—No lo sé... Me llamará hoy... a casa... a las diez de la noche...

King consultó su reloj. Eran las cinco de la tarde. Mucho tendría que correr para ejecutar el plan que acababa de concebir.

—Lyra, ¿cómo has podido dejarte cegar por la ambición? ¿Acaso crees de veras que Janus va a reinar sobre la Tierra?

—Sí... El es nuestro rey-emperador...

Los labios de la mujer se movieron para pronunciar unas palabras, que Wallace no consiguió entender del todo. No obstante, le pareció que Lyra se había despedido de la vida con un último viva a su rey-emperador.

—¿Cómo es posible que Janus los haya fanatizado de este modo? —se preguntó amargamente.

Lyra había traicionado a su departamento y le había traicionado a él, al hombre con quien poco tiempo antes se hubiera casado a ciegas. Pero la influencia de Janus sobre su mente era tal, que incluso había aceptado asesinarle.

No obstante, había conseguido averiguar algo más. Janus debía de estar asistido por una especie de consejo asesor, compuesto por diez miembros, cada uno de los cuales, a su vez, mandaba en diez personas y éstas en un número indeterminado de janistas. Pero había logrado una pista de valor incalculable: a las diez de aquella noche, el número seis se pondría en contacto con Lyra.

Reaccionó rápidamente y corrió al videófono. Instantes más tarde, se comunicaba con Athenia.

—Necesito su ayuda, es muy urgente —solicitó.

—Lo que sea, King —contestó la joven en el acto.

* * *

A las nueve de la noche, Wallace colocó una máscara sobre el rostro de Athenia. El departamento de Lyra era relativamente pequeño, pero decorado con exquisito gusto. Sobre una elegante consola había un retrato, en el que Lyra aparecía junto a su difunto esposo, poco antes de la muerte de éste.

Una vez transformada, Athenia se contempló en un espejo, teniendo el retrato de Lyra en una mano.

—El parecido es sorprendente —dijo.

—Salvo por un detalle —alegó Wallace.

—Dígalo, King.

—Su vestido. Póngase uno cualquiera del ropero de Lyra, algo así como un kimono y no se lo ajuste demasiado al cuerpo.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Lyra era... más opulenta de contornos.

—Oh, ya entiendo. —Athenia se ruborizó ligeramente—. Algunos me llaman

flaca.

—No les haga caso; es usted toda una mujer.

Wallace dejó a la muchacha sola en el dormitorio. Al cabo de unos momentos, Athenia regresó a la sala.

—¿Le parece bien? —preguntó.

—Estupendo. La voz de Lyra era un poco más grave; procure hablar bajo, sin demasiadas prisas y articulando correctamente cada sílaba.

—Bien, King. ¿Qué más?

Wallace consultó la hora.

—Le daré instrucciones. Todavía quedan cincuenta minutos —contestó.

El tiempo transcurrió rápidamente. A medida que se acercaba la hora, Athenia sentía que crecía su nerviosismo.

—No se altere —recomendó Wallace—. Actúe con toda tranquilidad, sin excitarse. Yo estaré al otro lado de la pantalla y me situaré de modo que pueda aconsejarla por señas lo que debe contestar, si es que tiene usted alguna duda. Pero, sobre todo, recuerde lo que le he dicho.

—No lo olvidaré, King.

A las diez en punto, sonó el zumbador del videófono. Athenia casi saltó en su asiento.

Wallace le dio un par de palmaditas en el hombro. Luego pasó al otro lado del aparato y se arrodilló, de modo que Athenia, si tenía que consultarle algo, no desviase excesivamente la mirada e hiciera entrar en sospechas a su interlocutor.

De pronto, movió la mano.

—Adelante —susurró.

Athenia dio el contacto. La pantalla no se iluminó, pero una voz de hombre salió a través del altoparlante:

—«Cara Pacífica» —dijo.

—Lyra, cuarenta y nueve —recitó la muchacha.

—¿Resultados?

—Satisfactorios.

—Estupendo. En su día será recompensada...

—Pero tengo que formular una queja —manifestó Athenia.

—¿Una queja? —se extrañó el individuo.

—Sí. ¿Por qué tuve que ser yo?

—No entiendo...

—¿Es tonto o qué? ¡Tuve que matar a uno de mis mejores amigos!

—Nadie tiene mejor amigo que Janus I. ¿Acaso Wallace era el último varón sobre la Tierra? Cuando triunfemos, usted recibirá una elevada recompensa...

—¿Me harán ministro? ¿O quizá duquesa o marquesa? Janus podrá expedir títulos de nobleza, ¿no cree? Número seis, me gustaría ser la duquesa de Berlín. Nací allí, ¿sabe?

—Esto no es cosa de broma...

—¡Pero si no es broma! Hablo completamente en serio, número seis. Ahora ya tengo un buen empleo, ¿no? El de ministro podría proporcionarme demasiados quebraderos de cabeza, así que un título y una renta vitalicia, me solucionarían el porvenir para siempre. ¿Se lo dirá así a su majestad?

—Yo no puedo hablar con su majestad...

—Entonces, ¿qué hace usted? ¿Enviarle cartitas que pueden ser interceptadas por nuestra organización?

—Basta ya —cortó el número seis—. Ahora no puedo seguir discutiendo este asunto.

—¡Quiero ser la duquesa de Berlín! —gritó Athenia.

La comunicación se cortó bruscamente. Wallace saltó hacia la muchacha y la besó impulsivamente en una mejilla.

—¡Ha estado magnífica! —elogió.

—Eh, eh, que yo no he dado permiso para esta clase de efusiones —protestó

Athenia.

—Sólo he besado la máscara —contestó él alegremente.

Athenia se echó a reír.

—¿De veras lo he hecho bien? —consultó.

—El número seis ha tragado el anzuelo —respondió Wallace con acento de convicción en lo que decía.

De repente, sonó de nuevo el videófono.

Esta vez fue Wallace el que atendió la llamada. Alguien dijo:

—Localizado el número seis.

—Está bien. No le pierdan de vista. ¿Dónde se encuentra?

—Unidad Suburbana veintidós, a cien pasos de la salida sur, señor.

—De acuerdo. Me reuniré con ustedes inmediatamente.

Al terminar la breve comunicación, Wallace se volvió hacia la muchacha.

—Gracias por todo, Athenia. Vuélvase a su casa, por favor —indicó.

—Me gustaría acompañarle —suplicó ella.

—Ya no es posible. Lo siento.

Athenia comprendió que nada haría variar la decisión del joven. De pronto, con repentino impulso, se arrancó la máscara que reproducía con tanta fidelidad el rostro de la difunta subdirectora del C.I.E. y se acercó al joven para besarle en los labios.

—Llámame en cuanto puedas —pidió.

Wallace sonrió un instante.

—Claro, Athenia —contestó.

CAPITULO VII

El coche era de aspecto inocuo, pero Wallace conocía muy bien la matrícula. Desembarcó del suyo y se acercó al ocupado por dos hombres.

—Hola —dijo.

—El número seis vive en el cuatrocientos quince, señor —informó uno de los agentes.

—¿Ha telefoneado desde allí a la señora Mitter?

—No, lo hizo desde una cabina pública. Pero conseguimos localizarle antes de que terminara de hablar y luego le seguimos sin ser vistos. Está en su casa. Tiene visita.

—¿Qué visita?

—Una mujer, bastante guapa. No han salido desde que volvió y el edificio está estrechamente vigilado.

—Bien, sigan donde están hasta nueva orden. Yo me ocuparé del número seis.

—Sí, señor.

Acto seguido, Wallace se dirigió hacia la casa, una de las mejores de la zona. Junto a la entrada, bajo el número, vio la placa que indicaba el nombre de su dueño: Frank Cuvian.

Un hombre de negocios muy importante, pensó Wallace en el acto, que había oído mencionar a Cuvian en más de una ocasión. Tal vez, si Janus I conseguía triunfar, Cuvian podía convertirse en su ministro de Finanzas. O quizá de Comercio.

Atravesó el jardín. Resuelto, llamó a la puerta.

Volvió a llamar varias veces. Al fin, un hombre en bata abrió malhumoradamente. .

—¿Qué tripa se le ha roto? —preguntó, colérico—. ¿Es que no se ha dado cuenta de que no quería abrirle?

Wallace no dijo nada. En lugar de abrir, disparó el puño derecho. Cuvian cayó sentado al suelo, sin respiración y con los ojos llenos de lágrimas.

Arriba, en el primer piso, sonó una voz femenina:

—¿Quién es, Frankie?

—Ladrones, hermosa —contestó Wallace en el acto.

Sonó un chillido. Segundos después, una mujer de unos treinta años, envuelta en decenas de metros de tul, apareció en la sala, a la que había sido conducido Cuvian, arrastrado por los pelos.

—Llamaré a la policía —dijo la rubia.

—No toque el videófono —prohibió Wallace. Cuvian seguía sin haber recuperado el habla—. ¿Quién es usted?

—Sara Ross...

—Vístase y lárguese.

Un hombre apareció repentinamente en la puerta.

—¿Necesita ayuda, señor? —preguntó.

—Sí, para vestir a la señorita Ross —sonrió Wallace—. Llévesela e interróguela. Luego iré yo a hablar con ella en persona.

—Bien, señor.

Sara se amedrentó. Aquellos hombres, pensó, debían de ser policías de algún nuevo departamento.

Momentos más tarde, Wallace y Cuvian quedaban a solas.

—Hola, número seis —dijo el joven.

—No sé de qué me está hablando —gruñó Cuvian.

Wallace le enseñó una placa.

—Tiene el número cuarenta y nueve —dijo.

Cuvian palideció.

—¿Qué le ha pasado a Lyra? —preguntó.

—Se ha tomado mi taza de café.

—Pero... eso no es posible... Yo hablé con ella a las diez...

—Era una colaboradora, con una máscara. Lyra murió a las cinco.

Cuvian pareció perder la moral.

—No podré decirle mucho —murmuró.

—¿Qué es lo que me puede decir?

—Un número secreto. Cuando tengo algún informe que emitir, lo marco en mi videófono, especialmente adaptado a las transmisiones espaciales. Eso es todo, se lo juro.

—No le creo demasiado y no me lo ha dicho todo —manifestó Wallace—. Por ejemplo, ¿cómo entró en contacto con Janus I?

Cuvian se pasó una mano por la frente.

—Ocurrió ya hace bastantes meses... Recibí una llamada. Se me citaba para una reunión de negocios. Acudí... y entré solo en una habitación, con una silla y un videófono. Encima de la mesa había una capucha; me ordenaron ponérmela. Obedecí. Luego, el hombre que nos había citado allí...

—¿Cómo sabe que no estaba solo?

—Janus dijo que éramos diez. Supongo que había una habitación individual para cada uno. Sólo veíamos su rostro... bueno, sus dos rostros, porque en todo momento estaba de perfil. Imagino que sería una máscara doble...

—Ya. Siga, Cuvian.

—Nos indicó sus planes y nos ordenó buscar prosélitos. A cada uno de nosotros le entregó un paquete con cinco millones en efectivo. Dijo que esperaba que hiciéramos buen uso del dinero o no viviríamos mucho tiempo. Pero los beneficios serían inmensos...

—Claro, y ustedes se apuntaron al ganador —dijo Wallace sarcástico—. Estoy seguro de que, antes de citarles, Janus había adquirido informes de cada cual.

—Eso supongo yo —contestó Cuvian.

—A usted se le conoce como un tipo poco escrupuloso en los negocios. Janus no hubiera hecho una propuesta semejante a un hombre honrado.

Cuvian se encogió de hombros.

—De todas formas, ¿he cometido algún delito del que se me pueda culpar? —contestó con moderado cinismo.

—Mañana tendré el resultado de la autopsia de la señora Mitter. Se le acusará de asesinato.

—¡Oiga, yo no...!

—Es inútil que proteste. Usted pagará esa muerte, Cuvian, se lo aseguro.

—Entonces, no le diré el número secreto...

Wallace se echó a reír.

—Podemos interrogarle drogado, -con lo que no eludirá las respuestas —dijo —, Pero pienso en una hermosa mujer, que quiso envenenarme hoy y a la que usted envenenó su mente. Puedo sacarle ese número a golpes... ¡y lo haré si se niega a facilitármelo!

Cuvian miró unos instantes al hombre que tenía frente a sí. No tardó mucho en darse cuenta de que sus posibilidades de resistir eran nulas.

—Hay que marcar en mi videófono la cifra WW1-4.090-EE1 —dijo al cabo.

—¿Eso es suficiente?

—Sí.

—¿Tiene algún horario establecido para las comunicaciones?

—Llamo cuando es necesario...

—¿Sin contraseña?

—Así es.

—¿Quién instaló el transmisor espacial conectado al videófono?

—No lo sé. Janus nos ordenó pasar fuera un fin de semana. Cuando regresamos, lo digo porque supongo que a los otros nueve les sucedería lo mismo, ya estaba montado el aparato.

—Muy inteligente —convino Wallace—. Bien, vístase; quiero que se venga conmigo.

—Pero usted no puede acusarme de la muerte de Lyra...

—Tal vez sí, tal vez no. En todo caso, comprobaremos por medio de un gas hipnótico, si nos ha dicho la verdad o no. ¿Está claro?

Cuvian, abrumado, asintió. Wallace vio su expresión y se dio cuenta de que los sueños de grandeza del sujeto acababan de esfumarse.

* * *

—No hace falta contraseña cuando Cuvian llama al satélite —dijo Corrie.

—¿Por qué? —se extrañó Wallace, quien ya había comprobado que el prisionero no había mentido un ápice.

—Es bien sencillo. Cada llamada, debe ser registrada por un solo receptor. Si Janus tiene diez jefes principales, dispondrá, allá en su satélite, de diez receptores, cada uno instalado con una longitud de onda determinada, lo mismo que cada respectivo emisor terrestre. Eso le indica claramente que no hay trampa.

Wallace hizo un gesto de desaliento.

—Hay miles de satélites residenciales privados —dijo.

—Investigaremos el técnico que montó el aparato en casa de Cuvian. Y también otra cosa: Janus entregó de golpe cincuenta millones en efectivo. Es una cantidad muy grande para que no pueda ser localizado el Banco del que fue extraída.

—Lo haría en diferentes etapas y en distintos Bancos.

—Aun así, no sacaría el dinero de cien en cien unidades de moneda —rezongó Corrie.

—Eso sí es cierto, señor. Bien, con su permiso, me marchó.

—De acuerdo, King. Ah, una cosa; a partir de hoy, ocupará usted el puesto de Lyra Mitter.

Wallace respingó.

—No Jo merezco, señor —dijo.

—Tonterías —bufó Corrie—. He propuesto su nombre, acompañado del informe correspondiente. El ministro ha aprobado el nombramiento.

—Conforme, pero no entraré en mi despacho, hasta que haya terminado este caso. Si hay algo que deteste es la burocracia, señor.

Corrie sonrió ladinamente.

—Me lo imagino, joven emprendedor —contestó.

A la salida, Wallace se encontró con Sara Ross.

—¿Se ha repuesto ya del susto? —preguntó cortésmente—. La invito a desayunar, para quitarle el mal sabor de boca.

Sara llevaba puestas unas grandes gafas de sol y se las quitó para contemplar al joven con sonrisa llena de malicia.

—Acepto encantada —dijo.

Momentos más tarde, se hallaban desayunando en una cafetería cercana. Sara admitió que los agentes del C.I.E. se habían portado muy cortésmente con ella y declaró que nunca había debido aceptar la invitación de un criminal como Cuvian.

—Usted es distinto, señor Wallace...

—Llámeme King, por favor —sonrió el joven—. Sara, ¿de veras no sabía nada sobre las actividades de Cuvian?

—No, en absoluto, aunque debí figurarme que no jugaba limpio.

—¿Por qué?

—Tenía un videófono y me dijo que no lo usara jamás. Ya había estado allí antes, ¿sabe? Eso me extrañó mucho y más cuando vi que junto al videófono había un extraño artefacto. Un día, le pregunté a un buen amigo qué podía ser aquel cacharro y me dijo que era un transmisor espacial y que él había instalado alguno en más de una ocasión. Es técnico de...

Wallace concibió en el acto una súbita idea.

—Sara, ¿cómo se llama su amigo el técnico? —preguntó vivamente.

—Ted Bailey. ¿Es que le ocurre algo, King?

Wallace arrojó unas monedas sobre la mesa.

—Vamos a ver a Ted, Sara —dijo.

CAPITULO VIII

Las siguientes pesquisas llevaron a Wallace hasta un departamento, ocupado por un tipo llamado Lucas Green. Wallace llamó a la puerta y, pocos momentos después, estaba ante un sujeto mal encarado, con un manchado delantal sobre su ropa.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó el ocupante del piso.

—Usted es Green —dijo Wallace.

—Sí —admitió el aludido—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Instaló un transmisor espacial, acoplado al videófono de Frank Cuvian?

Green palideció.

—Oiga, yo no...

Wallace empujó al hombre hacia adentro.

—Tenemos que hablar —dijo fríamente.

—Está violando mi domicilio —se quejó Green.

—Bueno, llame a la policía. Tal vez les interese saber por qué realizó una operación sin permiso del C.U.C.E. Control Universal de Comunicaciones Espaciales, por si no lo recuerda —aclaró Wallace sarcásticamente.

—Tampoco es un crimen —rezongó Green—. Vamos, a mí me parece...

—¡Hable! —exigió el joven—. Ted Bailey me ha dicho que usted se dedica a hacer trampas con los aparatos de comunicaciones. ¿Sabe que eso puede costarle diez años en la penitenciaría lunar?

Green palideció.

—Si hablo, ¿me dejará libre? —consultó ansiosamente.

—Tal vez. No puedo comprometerme a nada, Lucas.

—Está bien. La verdad es que no sé gran cosa. Recibí un paquete hace algunos meses. Dentro había una llave y cien mil unidades de moneda. También había una nota, en la que se me indicaba que, en dos determinadas fechas, ni antes ni después, debía instalar un transmisor espacial de ciertas

características, que se especificaban igualmente en la nota. Eso es todo, no sé más.

Wallace movió la cabeza. «Qué servicio de información posee Janus I», pensó, admirado para sí.

Janus no había descuidado detalle. No había forma de echarle el guante, reconoció con amargura.

—¿Conserva la nota? —preguntó.

—Oh, no. A la media hora, la tinta se había borrado por completo. Entonces, quemé el papel y...

* * *

—Y al quemar el papel, cosa lógica por otra parte, se perdió una importante pista para encontrar a Janus.

Athenia hizo un signo de asentimiento. Mientras almorzaban, Wallace le había relatado todo lo conseguido hasta el momento.

—No cabe duda —dijo—. Janus está dispuesto a ser rey-emperador. Pero ¿cómo ha conseguido situar a «Vindicator» en la órbita requerida?

—El efecto Fürst-Halz, no le dé más vueltas Halz, quizá fue convencido de unirse a las filas janistas. Pero respecto a Kate Fürst...

—Ella no aceptaría jamás tomar parte en un asunto de esa clase —declaró Athenia con vehemencia—. La secuestraron y está obligada a trabajar contra su voluntad.

—Sí, pero ¿dónde?

Athenia calló.

Todos los esfuerzos hechos para localizar a la doctora Fürst habían resultado infructuosos hasta el momento. De Halz, asimismo, no había el menor rastro.

—Y «Vindicator» sigue acercándose a la Tierra —murmuró la joven.

Por las noches, con telescopio, el asteroide resultaba ya claramente visible. Los astrónomos habían declarado, de manera unánime, que «Vindicator» se hallaría sobre la Tierra en la fecha señalada por Janus.

Poco después, salieron a la calle.

Entonces tropezaron con un espectáculo inusitado.

Una enorme multitud, precedida de varias charangas y hasta de numerosos grupos de *majorettes*, circulaba por la amplia avenida, viéndose en ella numerosas pancartas, en las que se pedía la dimisión del gobierno y la concesión de todos los poderes a Janus I.

—¡Fantástico! —calificó Athenia—. Lo que nos faltaba por ver.

—Y oír —sonrió él, aludiendo a los gritos de los manifestantes, entre los que se escuchaban numerosos vivas al Señor de las Razas y los Pueblos de la Tierra.

—Deberían prohibirlo —dijo ella, indignada—. Es una forma de coaccionar al gobierno...

—Hay libertad de expresión —manifestó Wallace—. Ninguno, por otra parte, preconiza una acción violenta, ¿comprendes?

—Veremos si Janus, caso de llegar al poder, permite estas cosas —dudó Athenia.

Wallace pensó que, tal como se estaba poniendo el asunto, Janus I tenía una gran cantidad de posibilidades de acceder al poder. Un hombre infinitamente listo; ninguna de las pistas conseguidas hasta el momento había logrado indicar su escondite.

Incluso se habían hecho pruebas con el videófono de Cuvian y un agente había tomado su puesto, de la misma forma que Athenia había suplantado a Lyra Mitter. Todo había sido inútil; Janus había dado la callada por respuesta.

La manifestación se alejó sin incidentes. Athenia se volvió hacia el joven.

—Te veo fatigado. ¿Por qué no te tomas dos o tres días de descanso en algún lugar que te relaje el cuerpo y la mente? —sugirió.

Wallace sonrió.

—¿Qué sitio me aconsejas? —preguntó.

—Ven con mi padre y conmigo al satélite de Cari Stevenson. Estamos invitados a pasar el próximo fin de semana. En más de una ocasión nos ha dicho que invitemos a algún buen amigo, si lo creemos oportuno. Te gustará, créeme.

—De acuerdo. ¿Iremos mañana?

—Sí, después del almuerzo.

Wallace regresó a su casa. Aquella tarde, se dijo, ya no haría nada. Simplemente, descansaría.

Abrió la puerta. Un hombre apareció inmediatamente ante sus ojos.

—Pase, pase, King —indicó el sujeto, sonriendo—. Cierre la puerta, por favor.

Wallace obedeció. Debía hacerlo, porque el intruso le apuntaba con una pistola térmica.

* * *

—Va a matarme —dijo, después de unos instantes de silencio.

—¡Qué listo es! —rió el hombre—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Tiene Janus I su propio ejecutor de sentencias?

—Mire, King, no se lo tome a mal. Este es mi oficio y me pagan bien, ¿comprende?

—¿Cuánto vale mi cabeza? —preguntó Wallace, comprendiendo que se las había con un asesino profesional.

—Doscientos cincuenta mil. Está bien, ¿no?

—Estaría bien si pudiera disfrutar de esa suma, amigo.

El asesino se sobresaltó.

—¿Qué es lo que está diciendo? —gruñó.

—¿Ha venido solo?

—¡Pues claro! ¿Acaso piensa que necesito ayuda para esta clase de trabajos?

—Ya me lo figuraba. Bueno, dispere y digámonos adiós para siempre. Pero le daré un consejo, señor...

—Ellery, es suficiente. ¿Cuál es el consejo, King?

—Afuera, frente a la casa, hay un coche parado con dos sujetos que se me han antojado sospechosos. En cuanto salga de aquí, dispararán contra usted. Lo que no se me ha ocurrido preguntarles es si también llevan pistolas térmicas, como la suya... claro que, después de que haya muerto, poco podrá importarle, ¿verdad?

Ellery se puso rígido.

—Está bromeando —masculló.

Wallace extendió una mano hacia la ventana.

—¿Por qué no lo comprueba usted mismo? —invitó, sonriente.

El asesino vaciló. Wallace pudo darse cuenta de la incertidumbre que se había apoderado de su ánimo.

—¿Cómo le han contratado, Ellery? —preguntó Wallace.

—Una simple carta...

—En un paquete, con el dinero. A la media hora, las instrucciones de la carta desaparecieron del papel. Usted lo quemó luego.

—Vaya, parece que conoce el procedimiento —se admiró Ellery.

—¿Decía la carta cuál es mi oficio?

—Mencionaba algo sobre un alto oficial de policía...

—Entonces ya sabe cómo he adivinado la forma en que le contrataron, Ellery. ¿Qué, no se decide a mirar por la ventana?

La cabeza del asesino se movió un poco y sí sólo durante medio segundo, pero fue suficiente para que el pie derecho de Wallace enganchase una silla y la lanzase hacia adelante con terrible ímpetu.

Instantes después, las tornas se habían cambiado. Ahora era Wallace el que tenía la pistola en la mano, mientras Ellery, mohíno y furioso al mismo tiempo, se frotaba la mandíbula con la mano, sentado en el suelo y sin ganas de moverse por el momento.

—Ande, lárguese —dijo Wallace.

—¿Cómo? ¿Va a permitir que yo...?

—Sí, hombre, sí, váyase y disfrute de su dinero. Lo único que quiero es que telefonee a su contratante y que le diga que estoy muerto.

Ellery se puso en pie y caminó pesadamente hacia la puerta.

—¿Qué hay de los dos hombres que están en la calle? —preguntó repentinamente.

Wallace se encogió de hombros.

—Ah, eso es cosa suya —contestó con indiferencia.

Ellery salió. Inmediatamente, Wallace cerró la puerta. Acto seguido, disparó la pistola solar contra un trozo de muro completamente desnudo. Quedaría chamuscado, pero no importaba.

Retrocedió, empujado por una onda de calor insoportable. Un cristal saltó en pedazos. Así parecería desde abajo que Ellery había realizado su siniestra labor.

Luego, invadido por la curiosidad, se asomó a la ventana de su dormitorio.

El coche anunciado estaba abajo, en el lugar indicado. De repente, vio una mano que asomaba por una ventanilla, provista de una pistola.

En el mismo instante, una cosa redonda, de unos cinco centímetros de diámetro, voló por los aires y se introdujo en el vehículo a través de la ventanilla abierta. La pistola disparó a la vez que el automóvil volaba en mil pedazos, junto con sus ocupantes,

Wallace sonrió y se sirvió una copa para reconfortarse. Se lo merecía, pensó.

CAPITULO IX

—«Vindicator» se halla en estos momentos a unos cuarenta y dos millones de kilómetros de la Tierra —decía el locutor de la R.U.T.—. Teniendo en cuenta que su velocidad es de unos dos millones setecientos cincuenta mil kilómetros diarios, no resulta aventurado suponer que dentro de dieciséis días lo tengamos sobre nuestro planeta, visible perfectamente a ojo desnudo y mucho mejor con unos sencillos prismáticos...

—Poco más de dos semanas —murmuró Wallace desatentadamente, sentado en un cómodo butacón, en la sala del cohete que les conducía a la Estación Orbital Privada n.º 829.

—Me pregunto cómo conseguiré frenar la velocidad del asteroide —dijo la muchacha—. Porque si hazaña es arrancarlo a su órbita y enviarlo hacia la Tierra, frenar su velocidad y mantenerlo en órbita alrededor de nuestro planeta, hasta conseguir sus propósitos, también es otra hazaña de no menor calibre.

Wallace asintió.

—Todo eso estaría muy bien —dijo—. Incluso yo me sentiría inclinado a convertirme en un janista. El gobierno que tenemos no es el mejor y hay mucha corrupción, pero sus miembros no necesitan esconderse ni convertir a sus adeptos en una sociedad secreta, como tampoco asesinar a los disconformes con su política. Por todo eso, yo he de estar siempre en contra de Janus.

Athenia se mostró de acuerdo con el joven. El tema, a fuerza de discutido, llegaba ya a producir hastío, por lo que dejaron de ocuparse de Janus I y de sus disparatados propósitos.

Un oficial entró en aquel momento:

—Vamos a iniciar la maniobra de aproximación y equiparamiento de órbitas con el satélite del señor Stevenson —anunció—. Por favor, sujétense a sus asientos.

Wallace presionó la tecla que accionaba el arnés de sujeción. Una especie de chaleco le abrazó el tórax, al mismo tiempo que dos aros sujetaban 'sus muslos. Tanto el chaleco como los aros estaban acolchados interiormente.

A través del amplio ventanal, pudo divisar la imagen del satélite artificial, flotando en el espacio, con un telón de fondo de miles de estrellas, que

brillaban con increíbles resplandores. En la cabina, el piloto, ayudado por las perfectísimas computadoras que formaban parte del equipo de control, vigilaba la maniobra de acercamiento al satélite.

Minutos más tarde, una enorme esclusa se abrió frente a la puerta del cohete. Leves tanteos en los chorros direccionales hicieron que el aparato enfilase la entrada con toda exactitud. Poco después, la esclusa se cerraba y aquel, vasto hangar empezó a llenarse de aire. Cuando la presión alcanzó límites normales, se encendió una luz verde, frente al piloto.

—Señores pasajeros, hemos llegado —anunció el comandante de la nave.

* * *

Un ascensor llevó al padre de Athenia y a los dos jóvenes hasta una cubierta superior, donde un atildado sirviente, elegantemente vestido, les recibió con exquisita cortesía.

—Tengan la bondad de seguirme; les indicaré sus habitaciones —dijo—. El señor Stevenson está ahora ocupado en una conferencia de negocios y les atenderá en persona más tarde.

—Muchas gracias, Dodd —contestó Hudson, quien ya conocía al mayordomo de Stevenson.

La cámara de Wallace era grande, amueblada con lo que le pareció un lujo oriental, aunque no había mueble que no tuviese una función determinada. Al estar provisto el satélite de una gravedad artificial, que equivalía a la de tres cuartos de la terrestre, los movimientos se realizaban con toda facilidad, incluso mejor que en la superficie del planeta, ya que el joven sentía en su cuerpo una pérdida de peso de alrededor de veinte kilos, la cuarta parte de su peso habitual.

Después de un somero aseo, decidió recorrer el asteroide, que era inmenso. En algunos puntos, su longitud resultaba próxima a los mil metros. Era evidente que Stevenson había derrochado una fortuna en la construcción de aquella estación orbital; las que Wallace conocía no pasaban de ser pequeños esferoides que raras veces sobrepasaban los treinta metros de diámetro.

Ascendió a una cubierta superior y llegó a un gran jardín, con piscina en el centro, junto a la cual tomaba el sol artificial una hermosa mujer, sucintamente ataviada con un traje de baño de dos piezas. Enormes ventanales permitían una amplia visión del espacio circundante.

El jardín estaba en un lateral del satélite. A través de un ventanal, Wallace

pudo ver la cúspide del satélite, en la que asomaban un par de antenas de rejilla de dimensiones que le parecieron bastante exageradas. Pero antes de que pudiera continuar mirando, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Le gusta?

Wallace se volvió. La mujer que había visto antes junto a la piscina se le había acercado silenciosamente, ahora envuelta en una corta bata de baño y calzada con unas blandas sandalias.

—Es un espectáculo magnífico, señora —sonrió.

—Cuando se contempla día a día, llega a hartar —manifestó ella, a la vez que le tendía la mano—. Soy Gwen Kerr —se presentó.

—King Wallace —dijo él.

—¿Amigo de Cari?

—Amigo de unos amigos de Cari, señora.

—Llámeme Gwen, King —dijo la mujer—, ¿tiene un cigarrillo?

—Por supuesto.

Gwen inhaló el humo. A través del mismo, miró críticamente al hombre que tenía frente a sí.

—¿Qué hace aquí, King? —preguntó.

—He venido para un relajante fin de semana, Gwen.

—Oh, yo creí que le había traído su infalible olfato de sabueso.

—¿Sabueso?

Gwen soltó una risita.

—Se lo he oído a Cari, así que no lo niegue —exclamó jovialmente—. King, si alguien muere a bordo, el culpable será el mayordomo.

—Tiene usted un humor magnífico —dijo él—. ¿También es invitada de Cari?

—Permanente. —Gwen hizo aletear sus espesas pestañas—. Aquí soy... poco más que un objeto de adorno.

—¿Tiene motivos de queja contra Cari, señora?

—Sí, pero no se los diré. Usted no pertenece a mi intimidad, King. Adiós.

La mujer se marchó. Era todavía joven, unos treinta años, calculó Wallace, y muy hermosa, pero, a pesar de su aparente jovialidad, había creído ver en su bello rostro cierto sentimiento de frustración, tal vez achacable al hecho de ser sólo la amante y no la esposa de Stevenson.

En fin, se encogió de hombros, no era su problema, pensó, mientras reparaba en un telescopio situado sobre un trípode, a una docena de pasos de distancia.

El telescopio tenía un poder cercano a los ciento veinte aumentos. Wallace conocía muy bien la situación de «Vindicator». Se acercó al aparato óptico y empezó a maniobrar en -sus controles, para enfocar al asteroide que amenazaba con destruir el planeta.

Instantes después, tenía al asteroide a la vista, un punto de luz no demasiado brillante, pero que, sin embargo destacaba claramente sobre el conjunto de estrellas circundantes. Con un telescopio de mayor potencia, habría podido captar más detalles, pero no lo había a bordo del asteroide satélite.

De repente, vio un chispazo de luz que brotaba de la parte superior del asteroide. El chispazo se repitió varias veces, según un ritmo determinado. «Morse», pensó Wallace instantáneamente.

El mensaje estaba en clave, puesto que no logró distinguir más que las letras, sin identificar las palabras. Pero era una revelación inesperada, que le hacía deducir algo con absoluta seguridad: había gente en el «Vindicator».

De pronto, una voz que no era la de Gwen, sonó a sus espaldas:

—Por favor, deje ese telescopio, señor Wallace.

* * *

El hombre era alto, hercúleo, de poderoso corpachón, pelo grisáceo, corto y fuerte, y ojos intensamente azules. Vestía un simple traje de una sola pieza, de color amarillo pálido, que no lograba ocultar el principio de obesidad que ya se anunciaba en la ya indisimulable curva saliente de su estómago.

—Supongo que es usted Wallace —añadió el hombre.

—Así me llamo, señor Stevenson —confirmó el aludido.

—El telescopio está averiado. Los centros de sus lentes no coinciden. Se cayó hace días y no se ha enviado todavía a reparar. Por tanto, las imágenes resultan dobles, cuando no confusas.

—Ah, casi no he tenido tiempo de apreciarlo, pero ya me pareció ver algo raro... Le ruego me dispense, señor Stevenson.

—No se preocupe, Wallace. —Stevenson sonrió—. Venga al bar a tomar una copa. Mientras tanto, dígame qué le parece mi satélite.

—Indigno de usted.

Stevenson arqueó las cejas.

—¿Cómo? ¿No le gusta?

—Simplemente, quise decir que un hombre de su categoría debería poseer algo infinitamente mejor.

—Wallace, no me gusta presumir de dinero, pero si le dijese lo que me costó el satélite, se caería de espaldas.

—No lo dudo, pero insisto en que usted se merece algo muchísimo mejor. Me gusta expresar francamente mis opiniones.

Stevenson rió, evidentemente halagado.

—A mí me gustan los hombres que saben ser francos, sin importarles las consecuencias...

Ya habían dejado el jardín y estaban en un amplio salón semicircular. Una de sus paredes, la que daba al exterior, era completamente transparente y permitía una fantástica visión de la Tierra, girando lentamente a treinta y seis mil kilómetros de distancia.

Gwen estaba sentada en un alto taburete. Sus ojos aparecían vidriosos.

—A dormir, Gwen —dijo Stevenson secamente.

Ella se llevó la mano a la sien.

—A la orden, excelencia —tartajó.

Al dejar el taburete se tambaleó. Hubiera caído al suelo, de no haber sido por Wallace, que la sujetó por un brazo.

Gwen le dirigió una sonrisa insegura.

—Gracias... King... —tartajeó.

La mujer se alejó tambaleándose. Había un impasible camarero al otro lado de la barra, delante de un espejo. El vidrio azogado permitió a Wallace captar una expresión de suprema cólera en el rostro de Stevenson.

De pronto, un hombre entró en la sala.

—Hombre, quién está aquí —exclamó Rolf Corrie, director del C.I.É. —. ¿Cómo así en el satélite, King?

—Vine invitado por el señor Hudson y su hija —sonrió el joven—. No sabía que usted fuese amigo del señor Stevenson.

—Nos conocemos desde los tiempos de la Universidad —declaró el aludido—. De cuando en cuando, Rolf viene a pasar aquí un fin de semana—. Stevenson agitó una mano—. Dave, pon tres copas.

—Al momento, señor —contestó el *barman*,

La conversación se generalizó. Instantes más tarde, llegaron Athenia y su padre, los cuales se unieron al grupo.

Wallace charló con toda naturalidad con los presentes. Su carácter abierto y sincero era, sin embargo, una máscara con la que ocultaba la preocupación que le habían producido algunos acontecimientos sucedidos desde su llegada a la estación orbital.

¿Por qué le había prohibido Stevenson mirar a través de un telescopio que se hallaba en perfectas condiciones de uso? La borrachera de Gwen, ¿era suficiente para provocar en él semejante acceso de furia?

Al atardecer, varios camareros sirvieron la cena, compuesta de delicados manjares y vinos exquisitos. La sobremesa se prolongó largo rato, después de lo cual, Wallace, como los demás, se retiró a su dormitorio.

CAPITULO X

Wallace levantó la muñeca y consultó la hora. Pasaban ya de las dos de la madrugada. Estaba vestido, de modo que no tuvo más que ponerse en pie, cruzar la estancia y abrir la puerta.

Cautelosamente, se asomó al amplio corredor. Había varias puertas, todas las cuales estaban cerradas en aquellos momentos. La identificación del ocupante de cada cámara resultaba fácil: el nombre estaba escrito sobre una tarjeta adherida a la superficie de la puerta.

El silencio era absoluto. Wallace caminó sobre un suelo espesamente alfombrado en un delicado azul pastel. Llegó frente a una puerta y sufrió una fuerte sacudida.

—Tal vez me haya equivocado —murmuró.

Comprobó las restantes puertas. No, había acertado desde el principio. Después de cenar, al retirarse a dormir, había visto en aquella puerta una tarjeta con un nombre: Miss Gwendolyne Kerr. Ahora no había tarjeta.

Abrió con grandes precauciones. El dormitorio estaba en perfecto orden. La cama, sin embargo, estaba vacía.

Registró los armarios. Ya no quedaba una sola prenda de ropa. ¿Se había vuelto Gwen a la Tierra?

Muy pensativo, regresó a su camarote. Entró y se sorprendió enormemente al ver a Athenia esperándole.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

El asombro de Wallace era tanto mayor, cuanto que la muchacha estaba vestida solamente con un transparente camión, muy corto, además. Athenia tenía los brazos a la espalda y le miraba de una forma extraña.

—¿Quieres contestarme? —insistió él.

Athenia dio un par de pasos hacia adelante. De súbito, levantó el brazo derecho.

Wallace reaccionó velozmente. La punta del puñal se detuvo a un par de centímetros de su pecho.

—Pero, Athenia... ¿Por Qué piensas mal de mí? Yo he ido al dormitorio de

Gwen, pero no para lo que tú crees, sino porque...

Wallace se calló repentinamente. Athenia seguía sin pronunciar palabra, rígida, inmóvil; en su cuerpo no había más señales de vida que las regulares palpitaciones de su pecho.

Instantáneamente, comprendió la verdad.

—Está drogada —murmuró, a la vez que quitaba el puñal de la mano de Athenia.

Ella no ofreció la menor resistencia. Wallace dudó un instante y luego, con súbita decisión, agarró a la muchacha y la metió en el cuarto de baño.

Abrió la ducha. Athenia gritó al sentir el contacto del agua fría. Quiso abandonar la bañera, pero Wallace la sostuvo con firmeza bajo el chorro de agua. Al cabo de unos momentos, ella protestó:

—¿Hasta cuándo me vas a tener aquí?

Wallace la soltó. Cerró el aflujo de líquido, agarró una toalla y se la tiró a la muchacha. Salió del baño, tomó uno de sus pijamas y lo dejó caer al pie de la puerta, alargando solamente la mano, sin abrirla del todo.

Minutos después, Athenia apareció en el dormitorio, pálida y despeinada.

—King, ¿qué me ha pasado? —murmuró.

—¿Recuerdas algo? —preguntó él.

—No sé... Tengo la impresión de haber sentido el impulso de matarte... Una fuerza irresistible me empujaba...

Wallace tenía en la mano el puñal. Athenia contempló el arma con ojos asombrados.

—¿Lo he traído yo? —inquirió.

—Sí, pero no te reproches nada. No tienes la culpa

de lo ocurrido. ¿Sabes si entró alguien en tu camarote mientras dormías?

—No lo sé, no puedo contestarte. ¿Qué clase de droga emplearon conmigo?

—Probablemente, neomescalina-01. Es muy potente, aunque también de efectos transitorios rápidos, quiero decir que la droga se elimina en pocos

minutos, no más de quince. La neomescalina-02 dura más, aunque no se emplea sino con personas ya predispuestas en contra de alguien.

—Creo que entiendo. Con la neomescalina-02 yo no habría intentado asesinarte.

—Exacto, a no ser que abrigaras sentimientos adversos hacia mí.

—Ese no es mi caso, King. Yo te aprecio muchísimo.

—Gracias. El que te propinó la droga debía de saberlo; por tanto, empleó la neomescalina-01. En un cuarto de hora, había tiempo más que suficiente para que me rebanases el pescuezo y volvieras a tu cuarto.

—Pero tú no estabas aquí. ¿Adónde fuiste?

—Quería hablar con Gwen. Sin embargo, se ha marchado.

—¿A estas horas? —se extrañó Athenia.

—Es de suponer que Stevenson tenga su propio cohete, para llevar a la Tierra a quienes lo necesiten. Gwen, por ejemplo.

—King, Gwen no ha ido a la Tierra.

Wallace se asombró de la declaración.

—¿Cómo lo sabes, Athenia?

—Nuestros pilotos siguen aquí, en el satélite. Y el cohete también. En cambio, el de Stevenson está en la Tierra.

Wallace frunció el ceño. Muy pensativo, se acercó a la enorme lucerna que permitía la visión del planeta en todo su esplendor.

De pronto, creyó ver un objeto que flotaba en el espacio. Era una cosa alargada, de la que salían unas extrañas ramificaciones, cuatro, mucho más delgadas y dos- de ellas más cortas que las otras.

Presa de una indescriptible agitación, corrió a su equipaje y sacó unos prismáticos que había llevado consigo. Instantes después, podía contemplar el cuerpo de una mujer, con los brazos y las piernas extendidos en trágica aspa.

—¡Gwen! —exclamó, sin poder contenerse.

Athenia corrió hacia él. Wallace le entregó los prismáticos.

Unos segundos más tarde, Athenia lanzaba un gemido de horror.

—¡Está muerta!

—Sí, lanzada al espacio, sin traje de vacío —confirmó Wallace lúgubremente.

Hubo un instante de silencio. Luego, ella, muy lentamente, se volvió hacia el joven.

—King —dijo en voz baja—, ¿estás pensando lo mismo que pienso yo?

Wallace movió la cabeza repetidas veces, arriba y abajo.

—Sí, estamos en la guarida, aunque quizá él lo llame palacio real, de Janus I —contestó.

* * *

Era lógico, pensó Wallace, que Janus I fuese un hombre con una fortuna incalculable, lo que le había permitido afrontar los exorbitantes gastos que le costaba la campaña para conseguir el poder. Y el hecho de que hubiese podido montar una red casi perfecta de agentes, demostraba igualmente que su inteligencia era algo fuera de lo común.

Por lo tanto, Janus I no podía ser sino Cari Steven-son, el negociante y archimillonario, propietario del satélite en el que se encontraban en aquellos momentos. Después de haber llegado a tal conclusión, Wallace se sintió tentado de lanzarse a un ataque frontal, por sorpresa, pero pronto desechó la idea.

Agarró a la muchacha por un brazo y la empujó suavemente.

—Vete a la cama —aconsejó.

—Sí, pero ¿qué digo mañana, cuando me pregunten por qué no te he matado?

—No tienes que decir nada; ni siquiera te lo preguntarán. ¿No ves que estabas drogada?

Athenia asintió. Wallace se asomó primero y, viendo que el pasillo estaba despejado, hizo señas para que pudiera salir.

Luego volvió junto a la lucerna. El cuerpo de Gwen seguía alejándose. Había sufrido una muerte horrorosa, pensó.

Ella tenía motivos de queja contra Stevenson, aunque no había querido

expresarlos. Luego se había producido el incidente en el bar. Parecía lógico que Stevenson se hubiera irritado por el comportamiento de Gwen, pero ¿había cometido la mujer una falta tan grave como para ser condenada a muerte?

¿Y el telescopio?, se preguntó. ¿Por qué le había mentido Stevenson a este respecto?

El aparato se hallaba en perfectas condiciones. Y él había captado unas misteriosas señales hechas desde «¡Vindicator». A cada segundo que transcurría, se afirmaba más y más su creencia de que Stevenson era el enigmático sujeto conocido por el nombre de Janus I, rey-emperador de la Tierra.

Pero no era más que un título que él mismo se había otorgado y que sólo había sido reconocido por una ínfima minoría.

No, el pueblo de la Tierra no reconocía á Janus I por su rey-emperador.

* * *

Procurando no ser visto, se encaminó al jardín en que había tenido lugar el encuentro con Gwen, cuyo bello cuerpo, pensó amargamente, pronto se convertiría en pavesas cuando ardiese al entrar en la atmósfera terrestre a gran velocidad. Era otro crimen que añadir a la larga cuenta de los ya cometidos por Janus I.

Todavía faltaban un par de horas para que la gente empezase a levantarse en el satélite. Claro que habría algún hombre de guardia en la sala de generadores, pero éstos se hallaban en el centro y hacia la parte inferior, por lo que no era posible que nadie le viese en un momento en que, según el meridiano de Greenwich, eran las cuatro de la madrugada.

Desde allí podía ver perfectamente el conjunto de antenas que sobresalían de la cúpula superior, a unos treinta metros sobre su cabeza. Con una perfeccionada microcámara que siempre solía llevar consigo, y más en las actuales circunstancias, tomó un par de placas. Los negativos no tenían más allá de seis milímetros cuadrados, pero su definición era asombrosamente detallada, lo que aseguraba una imagen perfecta en la ampliación correspondiente.

Iba ya a retirarse cuando, de repente, vio que se abría en dos mitades la semiesfera de la cúpula. Un enorme mástil, de entramado metálico, surgió al exterior.

En el extremo del mástil había una serie de enormes paneles enrejados, que se desplegaron automáticamente. Tras recobrase de su asombro, Wallace obtuvo media docena de placas más, reconociendo en su fuero interno que aquella antena no se parecía en absoluto a ninguna de las que conocía.

Los paneles, ninguno de los cuales medía menos de diez metros de ancho por el doble de largo, se orientaron en determinada dirección. Wallace creyó ver en las rejillas un leve chisporroteo; tal vez era una manifestación de las intensísimas radiaciones que despedían.

¿Los rayos tractores del efecto Fürt-Halz?

Su estancia en aquel lugar podía resultar comprometedora. Tiró un par de instantáneas más y, con la misma discreción y sigilo que a la llegada, se retiró a su dormitorio.

CAPITULO XI

Arthur van Gealert, doctor, ingeniero y astrofísico de singular reputación, antiguo conocido de King Wallace, estudió las fotografías detenidamente, antes de dar su opinión.

—No se parecen a nada de lo que yo conozco —dijo al cabo—. Yo diría que más que antenas para emitir o recibir ondas lumínicas o de sonido, son antenas que transmiten, o reciben, una especie de energía que me resulta desconocida.

—Algo así como una especie de electroimán espacial, ¿no?

Van Gealert miró sorprendido a su amigo.

—Electroimán espacial —repitió.

—Sí, para atraer a un cuerpo espacial al lugar que uno desea.

—Pero, King, eso es imposible...

—¿Ni siquiera mediante el efecto Fürt-Halz?

El científico se quedó muy pensativo. Agarró las fotografías más conspicuas y volvió a contemplarlas durante unos instantes.

Al cabo de un rato, se encaró de nuevo con su amigo.

—¿Conoces el efecto Fürt-Halz? —preguntó.

—Tengo una vaga idea... ¿Qué sabes tú al respecto, Arthur?

—Tu definición de electroimán espacial es muy acertada, aunque no se trate precisamente de tal artefacto. Según las teorías de la doctora Fürt, es posible emitir unas radiaciones que alteran la masa de un cuerpo celeste y que, concentrándose en su centro de gravedad, siempre que se disponga de la fuente de emisión con la potencia apropiada, pueden llegar incluso a arrancarlo de su órbita.

—Caso «Vindicator» —dijo Wallace.

—Podría ser —admitió el científico sin pestañear. Su dedo índice golpeó las fotografías—. Y las imágenes de estas antenas parecen demostrar que alguien ha conseguido elevar el efecto Fürt-Halz a límites indescriptibles.

—Lo suficiente como para poder mover un cuerpo de tres billones de toneladas de peso.

—Sí, King.

Wallace empezó a recoger las fotografías.

—Arthur, eres un buen amigo —sonrió—. Gracias por tu ayuda.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —exclamó Van Gealert.

El joven soltó una risita.

—Has hecho mucho más de lo que tú mismo piensas —dijo—. Gracias de nuevo y... ¡adiós!

Wallace abandonó la residencia de su amigo y se dispuso a regresar a su casa. Montó en el automóvil, dio el contacto y partió a la máxima velocidad permitida.

Media hora más tarde, se disponía a dejar el coche. El vehículo se había parado ya, cuando un hombre, inesperadamente, abrió la portezuela del costado derecho y se sentó junto a él.

—Señor Wallace, arranque de nuevo —dijo el hombre, a la vez que apoyaba en su costado el cañón de una pistola—. El arma dispara proyectiles corrientes, aunque no menos mortales que los de cualquier otra clase más aparatosa —agregó.

Wallace miró unos instantes al sujeto. Le habían pillado por sorpresa, pensó; toda reacción era ya imposible.

Estaba en poder de los sicarios de Janus I.

—De acuerdo —contestó parcamente, a la vez que hacía arrancar de nuevo el automóvil.

* * *

Durante los días que siguieron, Wallace permaneció en una especie de duermevela, que si bien le impedía moverse, no le arrebató del todo la consciencia. De cuando en cuando, aquel sopor desaparecía en gran parte y podía alimentarse y asearse, pero luego volvía a sentirse torpe, incapaz de dar un paso.

Vagamente, comprendía que estaba drogado y que se hallaba a bordo de una

astronave. Perdió por completo la noción del tiempo y dejó de sentir interés por cuanto le rodeaba.

Al fin, un día, alguien le dio una pócima que hizo desaparecer de su cuerpo todos los rastros de la droga. Por primera vez desde su encierro pudo comer con apetito. Se sintió mucho mejor, aunque se notaba todavía bastante débil, ya que habían pasado demasiados días con el organismo sometido a la acción de la droga.

Entonces le hicieron ponerse un traje de vacío.

—Supongo que sabrá utilizarlo —dijo el individuo que le atendía.

Wallace hizo un gesto de asentimiento. En modo alguno pensaba rebelarse por el momento. Sus fuerzas eran pocas y, además, quería saber con detalle las circunstancias y motivos de su secuestro.

El hombre que le atendía comprobó el perfecto funcionamiento de los instrumentos del traje espacial. Acto seguido y por medio del transmisor instalado en el casco, le ordenó que le siguiera.

Wallace no protestó en ningún momento. El individuo le condujo a una esclusa, de la que salieron a un lugar rocoso, terriblemente accidentado, en el que se veían varias cúpulas, instaladas como viviendas y depósitos de pertrechos, en torno a las cuales se movían algunos individuos.

Arriba, en un enorme promontorio rocoso, con aspecto de pirámide irregular, divisó un conjunto de antenas similares a las que ya había visto en el satélite de Stevenson. Al volverse en cierta ocasión, divisó un pequeño disco brillante, con el tamaño aparente de una cuarta parte de la Luna.

Era la Tierra. Wallace adquirió en aquel momento la convicción de que estaba en «Vindicator».

—Siga andando —dijo el hombre.

Wallace reanudó la marcha. Instantes después, entraban en una espaciosa cúpula, en cuyo interior había un individuo de sonriente expresión.

Era alto, delgado, de pómulos salientes. Wallace supo en el acto su identidad.

El hombre hizo un gesto con la mano. Wallace se quitó el casco.

—Hola, Aeneas Halz —saludó.

—¿Qué tal, King? —contestó el aludido—. ¿Satisfecho de hallarse en «Vindicator»?

—¡Psé! —contestó el joven—. No es como para dar saltos de alegría, pero, vamos, estoy vivo todavía.

—Sí, claro, mientras hay vida, hay esperanza. Rocquer, quítale el resto del traje y déjanos solos.

—Bien, señor —contestó el guardián de Wallace.

Momentos después, Wallace quedaba vestido solamente con un traje de una sola pieza, de tejido suave y agradable al tacto, con el que habían sustituido las ropas que utilizaba.

—Siéntese —indicó Halz—, voy a invitarle a una taza de té. ¿O le gusta más el café?

—Vitriolo, por favor.

Halz lanzó una gran carcajada.

—Está resentido, ¿eh? No se lo reprocho, porque a mí me pasaría lo mismo, de hallarme en su caso. Lo que sucede es que estoy en el caso opuesto.

—Sí, en el caso de los que creen que van a ganar.

—Exacto. ¿O es que piensa que podemos perder?

Halz le entregó una jeringa provista de un tubito para sorber el líquido contenido en su interior.

—Lo siento —se disculpó—, la gravedad es apenas perceptible y no podemos consumir la energía de que disponemos en un sistema de gravedad artificial. —Chupó un poco de su jeringa y añadió—: De modo que sigue creyendo en que vamos a perder, Wallace.

—¿Cuál es su número, Aeneas?

—No tengo número. Eso queda para determinada clase de ejecutivos. Simplemente, tengo una tarea que realizar y a ella me dedico.

—'Pero lo hará por alguna recompensa.

—Oh, sí, claro. La fama...

—Jack *el Destripador* también era famoso.

Halz entendió la alusión y lanzó un gruñido de ira.

—No haga comparaciones enojosas, por favor —dijo—. ¿Sabe por qué le hemos traído aquí?

—Porque estorbo, simplemente.

—Exacto. Lo ha adivinado, Wallace. He de admitir que, según el informe que tengo, es usted un tipo demasiado correoso. Pero tarde o temprano tenía que caer.

—A todo el mundo le llega su hora —suspiró el joven—. ¿Qué más, Aeneas?

Halz hizo un gesto con la mano. Había allí un telescopio, al que se acercó Wallace.

—Mire —indicó.

Wallace aplicó el ojo al ocular del telescopio. La imagen del planeta, enormemente agrandada, llegó a su retina.

—¿Y bien? —dijo al cabo de unos momentos.

—Estamos a dieciocho millones de la Tierra. Dentro de cuatro días, la distancia será, aproximadamente, la mitad de la que hay entre la Tierra y la Luna. Ahora, «Vindicator» se halla en una fase de deceleración, a fin de situarlo en una órbita circunterrestre, la cual tendrá un apogeo de sesenta mil kilómetros y un perigeo, esto es, distancia mínima, de cuarenta mil. Si el gobierno no accede a nuestras peticiones, «Vindicator» será lanzado sobre el planeta.

—Supongamos que el gobierno traspasa sus poderes a Janus I. ¿Qué harán con el asteroide?

—Oh, seguirá en esa misma órbita, porque su majestad ha decidido que construirá su palacio real en el asteroide. Bonita idea, ¿verdad?

Halz sonreía de un modo singular. Wallace sintió asco y desprecio por aquel individuo, a quien no le importaba poner en peligro la vida de miles de millones de congéneres, con tal de satisfacer sus ambiciones.

—Sí, es una bonita idea —reconoció—. Aunque supongo que yo no veré ese palacio real.

—Por supuesto. Estamos seguros de que el gobierno se negará, en los primeros momentos, a ceder a nuestras pretensiones. Tenemos ya preparado un pedrusco de unos cuantos miles de toneladas, el cual será lanzado sobre la capital mundial. —Halz volvió a chupar de su jeringa de t[^]—. Usted viajará a bordo de ese pedrusco —concluyó.

* * *

Wallace tomó asiento en un cómodo sillón.

—Me gustaría fumar —dijo, impasible.

—No faltarla más —accedió Halz, cortés.

Después de las primeras bocanadas de humo, Wallace hizo una pregunta:

—¿Dónde está la doctora Fürt, Aeneas?

—Lo siento, no puedo decírselo.

—«Vindicator» se controla desde el satélite de Stevenson, ¿no es así?

—Puesto que ha sabido adivinarlo, no vale la pena negar la evidencia. Sí, «Vindicator» es controlado desde aquel satélite, aunque con los elementos de que disponemos en el asteroide, se pueden efectuar pequeñas correcciones orbitales.

—Y todo ello debido al efecto Fürt-Halz.

—Kate Fürt hizo un interesante descubrimiento, en cuya parte técnica y mecánica yo tuve un importante papel. Pero los aparatos entonces contruidos adolecían de un grave defecto: falta de potencia. Me explicaré —contestó Halz—. Usted, por ejemplo, dispara un cohete de feria y puede que lo haga llegar a doscientos metros de altura. Cuando se construyeron cohetes más potentes, se llegó primero a la estratosfera y luego a la Luna. Sencillo, ¿no?

—Una explicación muy satisfactoria, Aeneas. Así pues, las antenas que hay en el satélite de Stevenson, concentran todo el poder de los rayos tractores que consiguieron mover el asteroide.

—Así es, pero con la ventaja de que, diciéndolo con palabras poco complicadas, esos mismos rayos tractores pueden actuar como repelentes, invirtiendo el proceso de emisión, con lo que la órbita del asteroide puede ser controlada metro a metro. A fin de cuentas, no se trata sino de una emisión de ondas magnéticas de incalculable potencia, las cuales se concentran en el

núcleo del asteroide, de donde, por sí misma, se expanden en todas direcciones, con lo que la fuerza de tracción se ejerce de un modo total y absoluto. No olvidemos tampoco que, en la composición de los asteroides, pero, sobre todo, en el caso de «Vindicator», el hierro entra en grandes proporciones, lo cual, como es lógico, facilita la acción de los aparatos basados en el efecto Fürst-Halz.

—Se ha explicado usted muy bien, Aeneas, muchas gracias.

Halz hizo un gesto burlón.

—Me gusta tener contentos a mis huéspedes, aunque lo sean a la fuerza y por pocos días —contestó.

CAPITULO XII

Aquella pandilla de criminales, pensó Wallace cuatro días más tarde, habían conseguido sus propósitos.

Le habían asignado una pequeña cúpula para él solo, más bien una celda carcelaria, desde la que podía ver la Tierra a unos cuarenta y cinco mil kilómetros de distancia. Se imaginó que la gente, desde el planeta, podría contemplar el asteroide con toda facilidad. Ahora ya sabrían que Janus I cumplía sus promesas y todos estarían convencidos de que, si se le negaba el poder, arrasaría el planeta.

De repente, observó cierta conmoción entre los hombres que trabajaban en aquella base. No podía oír nada, porque estaba privado de aparatos de transmisión y recepción, pero pudo darse cuenta de que ocurría algo grave.

Uno de ellos señaló hacia el conjunto de antenas situado en el promontorio. Otro se acercó a la pared de la cúpula y señaló hacia el espacio.

Wallace miró en aquella dirección. Varios chorros de fuego se movían rápidamente. El joven adivinó que se trataba de cohetes, tal vez disparados desde la Tierra, con objeto de destruir, cuando menos, las instalaciones de aquella base.

Era lógico que el asteroide hubiera sido observado desde la superficie del planeta. La distancia no era grande y parecía posible evitar la amenaza destruyendo la base. Pero, de repente, y con gran asombro por su parte, Wallace vio que los cohetes estallaban uno tras otro, a la distancia suficiente para no causar el menor daño en el asteroide.

Poco después, fue conducido a la presencia de Halz.

—El gobierno sigue, terco, en sus negativas —dijo—. Hemos decidido lanzar una advertencia, la última.

—¿Cuánto pesa el pedrusco que van a disparar sobre el planeta?

—Unos cuatro millones de toneladas. Y ochenta kilos más —contestó Halz intencionadamente.

Wallace hizo una profunda inspiración.

—¿Hoy?

—A la caída de la tarde.

—Escribiré mi testamento. Supongo que no me negarán ese derecho.

Halz emitió una risita.

—No somos tan crueles —contestó.

Wallace inició la media vuelta. Pero, de pronto, se encaró de nuevo con Halz.

—Les han atacado con cohetes —dijo.

—Sí. Y los hemos destruido.

—¿Cómo?

—Simplemente, mediante una aplicación digamos concentrada de nuestro efecto Fürt-Halz.

—Ya. Muchas gracias, Aeneas.

—No se merecen, King.

Wallace volvió a su celda transparente. Todo seguía igual, se dijo, mientras contemplaba melancólicamente el panorama exterior.

El tiempo transcurrió lentamente. Al atardecer... terrestre, por supuesto, lo encadenarían al pedrusco y...

De repente, creyó oír un leve chirrido en la pared transparente.

Volvió la cabeza. Había un hombre agachado al otro lado, manipulando en la cúpula con algo que parecía un berbiquí.

El hombre agitó una mano. Wallace no le podía ver la cara, debido a que llevaba puesto el casco espacial, con la máscara oscurecedora de los rayos solares, frente a los cuales se encontraba. De pronto, la barrera perforó y el aire empezó a salir por el agujero.

Un objeto pasó a través del agujero, que fue inmediatamente tapado, antes de que la presión descendiera peligrosamente. Wallace se dio cuenta de que era una especie de cortador de vidrio. Entonces, al mirar de nuevo al que ya estimaba como salvador, le vio ocupado en pegar una media esfera de casi un metro de diámetro en la base de la cúpula.

La semiesfera contenía un traje de vacío. El desconocido soldó los bordes de

modo que no se produjeran pérdidas de aire. Al terminar, agitó una mano.

Wallace había tapado mientras tanto el primer orificio con un tubo de soldadura que le había pasado su salvador, inmediatamente después de la perforación. Luego con el cortador de vidrio, en realidad una minúscula sierra que, movida por un micromotor, giraba a miles de revoluciones por minuto, cortó un círculo de diámetro algo menor que el de la semiesfera.

El traje de vacío pasó así al interior de la cúpula. Wallace se equipó en pocos minutos. Al terminar, el otro quitó la media esfera y el aire escapó en un instante.

Wallace salió a través del hueco. El desconocido cogió su mano. Con la otra se levantó la visera protectora de los rayos solares.

El joven estuvo a punto de caerse. Su salvador era Athenia Hudson.

Ella tiró de Wallace. Agachados, corrieron entre las anfractuosidades, hasta llegar a una hondonada, en donde Wallace pudo ver un bote espacial auxiliar.

Era un aparato muy sencillo: una especie de tubo que a veces parecía una canoa prehistórica, sólo que disponía de propulsores y generadores de campos anti-gravitatorios. Puesto que estaba destinado a moverse en toda clase de ambientes, los pasajeros, dos como máximo, iban al descubierto.

Wallace se sentía todavía aturdido, ya que no comprendía cómo la muchacha había conseguido llegar hasta allí. Pero el caso era que podía considerarse a salvo.

El bote se puso en movimiento. Athenia, por señas, le había hecho tiempo antes la necesidad de no usar la radio. Era una precaución lógica en sus circunstancias.

Athenia manejaba el aparato, conduciéndolo a ras del suelo, a fin de evitar la detección. Wallace se dio cuenta de que contorneaba el asteroide, hasta llegar a un punto en donde no podían ser vistos.

Allí, con gran asombro por su parte, divisó un pequeño cohete. Estaban situados casi en los antípodas de la base dirigida por Halz.

Momentos después, Athenia y Wallace se quitaban los cascos, ya en un ambiente con atmósfera a presión. Había lágrimas de alegría en los bellos ojos de la muchacha.

—Tienes que explicarme muchas cosas —dijo él.

—Luego. Ahora hemos de volver a la Tierra.

Athenia se sentó ante la consola de mandos. El cohete arrancó a los pocos instantes.

—¿No nos detectarán? —preguntó Wallace, aprensivo:

Athenia movió la mano hacia su derecha.

—Mira hacia allí —indicó.

Media docena de cohetes ascendían a toda velocidad hacia el asteroide. Minutos después, estallaron con * enormes fogonazos.

—Pero... no entiendo...

—Mi padre tiene amigos. Primero enviamos seis cohetes, supuestamente dedicados a atacar «Vindicator». Ello les distrajo, como es natural.

—Y ahora, estos otros seis cohetes les impiden fijarse en nosotros.

—Exactamente.

—Pero ¿cómo supiste que yo estaba aquí?

—Vi cuándo te secuestraban. Yo me dirigía a tu casa, aunque los esbirros de Janus no me vieron a mí. Puesto que no tenía noticias de tu muerte, hecho que Janus no hubiera dejado de publicar, sólo había dos sitios en donde podías encontrarte.

—El satélite o el asteroide.

—Exactamente. Pasé otro fin de semana en el satélite. Allí no estabas, King.

—Y entonces decidiste ir a «Vindicator».

—Sí. Alguien me indicó la forma de sacar a una persona de una cúpula de vidrio plástico. Debes comprender que la base es visible desde la Tierra.

—Sí, ya entiendo. Athenia, he estado sin noticias durante todos estos días. ¿Qué ha dicho Janus?

—Hoy, al atardecer, si el gobierno no ha contestado afirmativamente a sus peticiones, destruirá la capital, mediante el lanzamiento de un fragmento del asteroide. Desgraciadamente, hemos de reconocer que sus métodos han conseguido infinidad de partidarios de la dimisión del gobierno actual.

Wallace reflexionó unos momentos. De pronto, dijo:

—Athenia, déjame los mandos, por favor.

Ella le miró extrañada.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —inquirió.

—Vamos a variar la órbita. Nos dirigiremos rectamente al satélite —contestó él.

* * *

La imagen del satélite privado de Stevenson se agrandaba a ojos vista. Wallace manejó los controles con todo cuidado. En el último instante, dejó conectado el piloto automático para que la máquina realizase por sí misma la maniobra final.

Ya se habían puesto los trajes de vacío. Sigilosamente, escaparon por la parte opuesta a la gigantesca esclusa que acogía a los aparatos que procedían de la Tierra. Wallace llevaba consigo la bolsa de herramientas que Athenia había llevado consigo para rescatarle en «Vindicator».

Mientras los desconcertados sirvientes de Stevenson se enteraban de que un cohete había llegado vacío, Wallace y Athenia buscaron la lucerna de uno de los camarotes, que perforaron con gran rapidez. La puerta estanca impedía que se escapase otro aire que el contenido en la estancia.

Después de penetrar, taparon el agujero. Con el aire de sus trajes de vacío, restablecieron parte de la presión, con lo que así podrían abrir la puerta del camarote, que de otro modo, al no haber atmósfera, permanecería inexorablemente cerrada.

A pesar de que la presión era muy baja, la equivalente a unos cinco mil metros de altitud en la Tierra, el mecanismo de apertura de la puerta funcionó satisfactoriamente. Para entonces, Wallace y la muchacha se habían despojado ya de los que consideraban molestos trajes de vacío, inútiles ya por otra parte, al haberse quedado sin aire sus depósitos.

Wallace se asomó al pasillo. El satélite parecía hallarse en plan de guerra. Un par de hombres armados pasaron a corta distancia sin verle. Esperó unos minutos más.

Un hombre caminó con cierto apresuramiento. De pronto, una mano tiró de él con fuerza.

El individuo se sintió arrastrado por una fuerza irresistible. Algo muy duro chocó contra su mandíbula y perdió el conocimiento.

Wallace le quitó inmediatamente la pistola. Al examinarla, vio que disparaba simples proyectiles perforantes, de poca potencia, a fin de evitar que una descarga accidental pudiera producir pérdidas de aire. Pero, aun así, el proyectil podía llegar fácilmente al corazón de una persona.

—Vamos —dijo, una vez armado.

A petición de Wallace, Athenia le condujo hasta una' de las zonas prohibidas que había visto durante sus anteriores estancias en el satélite. Frente a una puerta, vieron a un individuo armado, desempeñando el papel de centinela.

Wallace lo desarmó fácilmente, ya que el esbirro no sospechó nada hasta versé encañonado. Luego le hizo girar en redondo.

—Abre —ordenó.

El centinela obedeció. Wallace divisó al otro lado una vasta estancia, que parecía dedicada al alojamiento de una persona, con todo lujo de comodidades.

Había una mujer leyendo unos papeles. Athenia la reconoció en el acto.

—¡Kate!

CAPITULO XIII

A Wallace no le extrañó en absoluto encontrarse a la doctora Fürt. Al contrario, le parecía algo enteramente lógico.

El centinela fue inutilizado con un simple culatazo en la cabeza. Luego, Wallace avanzó hacia la prisionera.

—Doctora, hemos venido a liberarla —anunció.

Kate se puso lentamente en pie.

—Nunca creí oír esas palabras —dijo—. Athenia, cómo me alegro de verte.

La muchacha sonrió.

—A mí me pasa lo mismo, Kate —respondió—. Este es King Wallace, un buen amigo, en el que se puede confiar ciegamente.

—Tan buen amigo de usted y de Athenia, como enemigo de Janus —dijo el joven sonriendo.

—¿Podremos salir de aquí? —dudó Kate.

—No cabe la menor duda. Pero antes necesitaría de su colaboración, doctora.

—¿Sí?

—¿Dónde está la central de fuerza Fürt-Halz?

—Arriba, casi encima de nosotros. De momento, ha sido orientada a mantener a «Vindicator» en órbita. Hasta dentro de una hora no se hará funcionar para lanzar a la Tierra un fragmento del asteroide.

—Doctora, ¿cómo la obligó Stevenson a trabajar para él?

—Muy sencillo. Primero, sufragó mis investigaciones parcialmente. Luego me trajo aquí, donde, dijo, podría trabajar más a gusto. Mientras, un equipo auxiliar, dirigido por Halz, aunque no en persona, había viajado en busca del asteroide adecuado. Al final, me descubrió sus planes. Yo me negué a seguir colaborando con él, pero ya era tarde.

—La máquina estaba construida, ¿no es así?

Kate asintió.

—Y hay un par de ingenieros que le obedecen ciegamente y que ya no necesitan de mí para nada —contestó.

—Es extraño —observó Athenia—. ¿Cómo no te ha hecho matar, de la misma forma que lo hizo con otros?

Kate se encogió de hombros.

—A pesar de todo, puede necesitarme. Si surgen dificultades, yo debería resolverlas —dijo.

—Está bien, no se hable más del asunto —intervino Wallace—. Doctora, quiero hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata, King?

Wallace se lo dijo. Kate asintió.

—Nada sería más fácil —aseguró.

—En tal caso, no perdamos más tiempo. Vamos allá.

Kate echó a andar. En uno de los lados de la estancia había una puertecita, pasada la cual vieron una escalera de caracol, que conducía a una de las cubiertas superiores. Wallace subió en cabeza, con la pistola a punto.

Eran departamentos contiguos, aunque aislados del resto del satélite. Por dicha razón, no había centinela en la puerta superior, que Wallace abrió sin dificultad.

Asomó la cabeza. Lo que había al otro lado le dejó pasmado.

Era una estancia de más de cincuenta metros de anchura, por otro tanto de altura. En el centro había unas gigantescas antenas, dobladas a ambos lados de la antena telescópica, replegada en aquellos momentos.

Había un par de hombres trabajando junto a una computadora. Ninguno de los dos se dio cuenta de lo que sucedía, hasta que oyeron la voz de Wallace:

—Será mejor que levanten las manos, caballeros.

Los dos hombres se volvieron, atónitos. Sin dejar de vigilarlos, Wallace hizo una pregunta a Kate:

—Doctora, ¿son éstos los ingenieros que mencionó antes?

—Sí —contestó Kate sin vacilar.

Wallace movió la pistola.

—Apártense de ahí —ordenó—. Doctora, empiece.

Kate avanzó con paso firme hacia la computadora, mientras los ingenieros, completamente acobardados, se retiraban a un lado.

La doctora empezó a trabajar en el acto. Se oyó un leve zumbido y la antena empezó a subir. Atravesó un orificio circular en el techo, que se cerró luego herméticamente en torno al mástil, y luego, después que se hubo abierto la cúpula superior, asomó al espacio.

Minutos después, Kate llamó al joven:

—King, aquí.

El índice de Kate señalaba determinada zona de la computadora. Wallace, sin más preámbulos, disparó dos veces.

—Pero ¿qué hacen? —gritó uno de los ingenieros—. El aparato ha quedado conectado ahora a la máxima potencia...

—Es, precisamente, lo que estábamos buscando —contestó Wallace con la mejor de sus sonrisas.

* * *

En el interior del satélite había una gran agitación. Los ingenieros habían sido capturados y conducidos por Wallace hasta una de las esclusas, en donde se apoderaron a viva fuerza de uno de los cohetes. Inmediatamente, se lanzaron al espacio.

Una vez en seguridad, Wallace conectó el sistema de transmisiones y llamó al satélite:

—Señor Stevenson...

Pasaron algunos segundos. La imagen del financiero apareció ante sus ojos.

—Wallace —dijo con voz cortante.

—El mismo, majestad —contestó el joven alegremente—. ¿Se ha enterado ya de lo ocurrido?

—Le diré una cosa, King. Tengo torpedos defensivos en el satélite. Haré que desaparezcan unos cuantos para reducir ese trasto a polvillo cósmico.

—Yo no lo haría, majestad. ¿O prefiere que le llamemos Pontífice Máximo? La generadora del efecto Fürt-Halz está funcionando a máxima potencia y correría el riesgo de volver los cohetes contra el satélite.

—Entonces, ¿por qué diablos no atrae a ese cohete?

—Porque estamos en lo que la doctora Fürt llama zona neutral y, además, nos alejamos de ustedes a toda velocidad. Pero ¿no estoy viendo a su lado a otra persona, que escucha cuanto hablamos usted y yo?

Un rostro apareció en la pantalla.

—King, le ordeno regresar al satélite inmediatamente —dijo Rolf Corrie.

—Lo siento, señor, no puedo obedecerle. En realidad, no lo haría por nada del mundo.

—Se ha vuelto loco —gritó el director del C.I.E.

—Estuve a punto de volverme loco, cuando comprendí la verdad. Usted drogó a Lyra Mitter y la envió a matarme. Pero ella estaba parcialmente acondicionada contra las drogas, por lo que su acción no resultó lo suficientemente eficaz.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lyra hablaba también con otras personas. Me hicieron saber sus dudas, sus escrúpulos... a pesar de lo cual, la orden que usted había imbuido en su mente fue obedecida, aunque no con la eficacia que hubiera sido de desear. Tuve que cambiar las tazas con el veneno para eludir la trampa. Esto no se lo perdonaré nunca, director, porque yo creía que se trataba de un narcótico.

—Loco, loco de atar —gruñó Corrie.

—Athenia Hudson resultó mejor «discípula», puesto que ella no estaba acondicionada contra las drogas hipnóticas. Y, por otra parte, ¿qué más podía desear ese megalómano de Stevenson que un magnífico servicio de información que sólo usted le podría proporcionar? ¿Qué recompensa iba a darle después de su triunfo, acaso el puesto de *premier*?

El rostro de Corrie era una horrible máscara de odio y furia.

—Cari, haga que disparen los torpedos —gritó.

—No, diablos —contradijo Stevenson—. No tengo ganas de que me exploten en la coronilla...

—Algo mucho peor le va a explotar dentro de poco, Janus —dijo Wallace—. Hemos rescatado a la doctora y ella ha colocado el generador de fuerza tractora en una posición que ya es invariable. Vaya al telescopio del jardín, ése del que usted me dijo tenía las lentes descentradas; así podrá ver el cambio de órbita de «Vindicator». ¡Ahora se dirige directamente hacia el satélite!

Se oyó un chillido de terror. Stevenson se desmayó; su caída fue fácilmente visible en la* pantalla.

—Es un cobarde —calificó Corrie despectivamente—, King, dígame, ¿es cierto lo que acaba de decir?

—Rigurosamente cierto.

Hubo un instante de silencio. Luego, Wallace añadió:

—El asteroide ha tomado una órbita paralela a la tangente de la Tierra en esta posición espacial. Chocará directamente contra el asteroide y continuará su viaje sidereal, hasta caer un día en el Sol. Ya no habrá más amenazas a nuestro gobierno ni locos que quieran convertirse en reyes de la Tierra, sin el consentimiento de sus habitantes.

Corrie asintió lentamente.

—Usted será un buen director del C.I.E., King —dijo.

La pantalla se apagó.

—Ahora escaparán en el otro cohete —dijo Kate.

—Los mandos están bloqueados —contestó el joven.

Luego miró hacia el asteroide, perfectamente visible en aquella posición. El enorme pedrusco se movía con una aparente lentitud, pero, en realidad, a miles de kilómetros por hora.

Y el satélite se hallaba en su trayectoria.

Unos minutos más tarde, se produjo la colisión.

El cambio de órbita se había producido cuando el asteroide se hallaba en su

perigeo. Por tanto, el espacio recorrido apenas si pasaba de los cuatro mil kilómetros.

El satélite pareció infinitamente pequeño al lado del asteroide. Hubo un pequeño estallido y luego fragmentos del satélite empezaron a saltar por todas partes.

El generador explotó con enorme fogonazo. Un gran fragmento del satélite salió disparado y arrasó la base receptora del asteroide.

Minutos más tarde, todo había terminado. Lenta, pero inexorablemente, «Vindicator» empezó a salir de su órbita para tomar la que meses más tarde le llevaría a arder en el Sol.

Mientras, fragmentos del satélite caían hacia la Tierra, pero se incendiaban por la fricción al entrar en la atmósfera. Wallace se sintió infinitamente relajado.

—Pero todavía quedan secuaces de Janus —exclamó Athenia de repente.

—¿Qué podrán hacer, sin una cabeza rectora, sin una mano pródiga que subvencione sus actividades? ¿Cómo osarán blasonar de su lealtad a un hombre que había empezado a fundar su reino, apoyándose en la sangre y el terror? —contestó Wallace.

Athenia asintió. El joven tenía razón, se dijo. Sí, habían muerto tantos, víctimas de la insana codicia de un hombre que había querido erigirse en rey del planeta... ¿Quién se atrevería después a proclamar su lealtad a Janus I?

El cohete se precipitaba hacia la superficie del planeta. De pronto, Athenia se apoderó de una de las manos de Wallace.

—Abajo se vive muy bien —sonrió.

Wallace la miró y sonrió también.

—Sí, es el mejor sitio para vivir que conozco —respondió.

—Pero no sola —añadió ella.

—¿Conmigo?

Athenia le abrazó fuertemente.

—No podría ser con otro —murmuró con cálido acento.

FIN